



Una respuesta profética al desafío urgente de la migración

Reflexiones pastorales y teológicas de líderes católicos de Norteamérica, México, Centroamérica y el Vaticano

Hope Border Institute | April 2025



Una respuesta profética al desafío urgente de la migración:

*Reflexiones pastorales y teológicas de líderes católicos de Norteamérica, México ,
Centroamérica y el Vaticano*

© 2025 por el Instituto Fronterizo Esperanza (HOPE). Todos los derechos reservados.

Para más información sobre el Instituto Fronterizo Esperanza o esta publicación, visite www.hopeborder.org.

Prefacio	03
Dylan Corbett, Director Ejecutivo, Instituto Fronterizo Esperanza (HOPE) Alessandra Santopadre, Diócesis de Montreal	
Programa Lo vió, se acercó y lo cuidó	06
Testimonio Vigilia en Solidaridad con los Migrantes Susana	08
Sermón Vigilia en Solidaridad con los Migrantes Mons. Mark J. Seitz, Obispo de El Paso	10
Acompañamiento pastoral profético a migrantes y refugiados S.E.R. Fabio Cardenal Baggio, CS, Subsecretario, Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral	15
Una meditación: los migrantes nos llaman a una solidaridad profética Mons. Arturo José Bañuelas, STD, Diócesis de El Paso	25
La migración y la iglesia en Canadá: desafíos, oportunidades y respuestas Mons. Noël Simard, Obispo Emerito de Valleyfield	35
Una iglesia profética que acompaña a quienes migran Mons. Gustavo García-Siller, Arzobispo de San Antonio	40
“Lo vio, se acercó y lo cuidó” Mons. John C. Wester, Arzobispo de Santa Fe	49
Estrategias para responder a los retos pastorales de la política de inmigración estadounidense Kevin Appleby, Center for Migration Studies	61
La migración y la iglesia en México Mons. Eugenio Lira Rugarcía, Obispo de Matamoros-Reynosa Delegado para la Dimensión Episcopal de la Pastoral de Movilidad Humana de la Conferencia del Episcopado Mexicano	67
La migración y la iglesia en Centroamérica Pbro. Gustavo Meneses Castro, Secretario Ejecutivo, Comisión para la Movilidad Humana, Conferencia Episcopal de Costa Rica Secretario Ejecutivo, Observatorio Socio-Pastoral de Movilidad Humana de Mesoamérica y El Caribe (OSMECA)	77
Participantes	83

Prefacio

En marzo del 2025, el Hope Border Institute y Mons. Mark J. Seitz de El Paso convocaron a líderes católicos de Canadá, Estados Unidos, México, Centroamérica y el Vaticano, comprometidos con el ministerio de migrantes y refugiados, para una reunión en la frontera Estados Unidos-México. El objetivo de la reunión – *“Lo vió, se acercó y lo cuidó”: A Regional Encuentro of Church Leadership to Strengthen the Church’s Accompaniment of Migrants & Refugees* – fue equipar a la iglesia regional para abordar de una mejor manera este momento de graves desafíos para la movilidad humana en las Américas.

Durante varios días, este grupo de obispos, sacerdotes, profesionales y expertos mantuvo un encuentro directo con personas afectadas por las nuevas políticas migratorias estadounidenses, incluyendo familias en riesgo de deportación, solicitantes de asilo en la frontera y algunos quienes han sufrido la violencia de las fuerzas de seguridad migratorias y del crimen organizado.

Nuestras deliberaciones y momentos de encuentro nos llevaron a albergues para migrantes en El Paso, Texas y Ciudad Juárez, México, a participar en reuniones con sobrevivientes y personal de primera respuesta del incendio en un centro de detención migratoria en Ciudad Juárez en 2024, así como a sesiones de escucha con clérigos y religiosos involucrados en el movimiento por la justicia migratoria. También fuimos al desierto en los alrededores de El Paso, un lugar que ha presenciado un aumento récord en el número de muertes de migrantes en esa zona; y también a las calles del centro de El Paso con Mons. Mark J. Seitz para marchar junto a cientos de católicos y personas de buena voluntad comprometidas con la reforma migratoria.

Este encuentro fue una buena oportunidad para compartir buenas prácticas, así como oportunidades y desafíos pastorales, con representantes de las conferencias episcopales de México, Estados Unidos y Canadá.

La situación actual de las personas vulnerables en tránsito en nuestra región es única. Si bien existe un continuo de violencia y explotación histórica, la magnitud, la velocidad y la crueldad de las políticas que se están implementando no tienen precedentes. Estados Unidos está protagonizando ahora un ataque a gran escala para disuadir y criminalizar a quienes migran, recurriendo incluso al uso injustificado de poderes propios de tiempos de guerra.

Aunque este volumen no contiene todas las intervenciones compartidas durante esos días de encuentro, incluyendo la iluminadora historia del trabajo transnacional sobre migración en la región por parte de la Iglesia Católica ofrecida por el Dr. Víctor Carmona, el lector encontrará aquí una recopilación de las ricas reflexiones de muchos de los participantes en nuestra reunión, sobre la naturaleza del papel profético al que la iglesia en la región está llamada en este momento.

El lector encontrará el conmovedor sermón de Mons. Mark J. Seitz, obispo de El Paso, durante la Vigilia en Solidaridad con los Migrantes, celebrada en El Paso el 24 de marzo de 2025. El obispo hace un enérgico llamado a la actual administración estadounidense para que ponga fin a las políticas inhumanas y a la iglesia para que se organice en defensa de las personas vulnerables a la deportación. Susana, una persona potencialmente vulnerable a la campaña de deportación de la nueva administración, habló con valentía y ternura sobre sus sueños para ella y su hija, y su deseo de seguir contribuyendo a su comunidad.

Kevin Appleby, del Centro de Estudios Migratorios, detalla el desafiante entorno creado por estas políticas y las maneras prácticas en que la iglesia puede seguir apoyando a quienes migran.

También leerá la meditación del respetado teólogo fronterizo, Mons. Arturo J. Bañuelas, sobre la necesidad de una "solidaridad profética" en nuestro tiempo. Además, encontrará una reflexión teológica sobre la migración del Cardenal Fabio Baggio, C.S., una de las máximas autoridades en migración de la Iglesia católica mundial actual.

El obispo canadiense Mons. Noël Simard comparte las experiencias esperanzadoras y reveladoras de la iglesia en ese país, que trabaja para acoger e integrar a los recién llegados mediante un enfoque intercultural creativo.

También se incluyen aquí reflexiones pastorales de dos obispos con una larga trayectoria en el trabajo con migrantes y refugiados en Estados Unidos: el arzobispo de San Antonio, Mons. Gustavo García-Siller, y el arzobispo de Santa Fe, Mons. John Wester.

Mons. Eugenio Lira Rugarcía, de la Diócesis de Reynosa-Matamoros, recientemente elegido por los obispos de México para coordinar el trabajo de la conferencia episcopal sobre migración, ofrece un excelente resumen de los esfuerzos pastorales para acompañar a los migrantes en ese país y contextualiza magistralmente las políticas y prácticas actuales a la luz de la historia más amplia de las relaciones entre México y Estados Unidos.

Y en el Jubileo de la Esperanza de este año, el Padre Gustavo Meneses Castro, de Centroamérica, ofrece una reflexión sobre cómo predicar la esperanza con credibilidad en el contexto de la deshumanización generalizada en la región.

No imaginamos que tan sólo un mes después de nuestras reuniones en la frontera entre Estados Unidos y México, el Lunes de Pascua, perderíamos al hombre y Sucesor de Pedro que ofreció su papado, vida y ministerio como un don a los migrantes y a todas las personas vulnerables marginadas, Jorge Mario Bergoglio, o Papa Francisco.

Rara vez los papas son profetas y rara vez los profetas son papas. Pero el Francisco fue ambas cosas: un don providencial de Dios en un momento de increíble desafío en todo el mundo, para quienes se ven afectados por la realidad de la migración forzada.

A Francisco le dedicamos esta publicación.

*Dylan Corbett,
Director Ejecutivo, Hope Border Institute*

*Alessandra Santopadre,
Oficina de Comunidades Rituales y Culturales de la Diócesis de
Montreal*



Programa | Lo vió, se acercó y lo cuidó

Encuentro regional para fortalecer el acompañamiento de la Iglesia a las personas migrantes

lunes | 24 de marzo de 2025

El Paso, Texas

Una meditación: los migrantes nos llaman a una solidaridad profética

Mons. Arturo José Bañuelas, STD

Una iglesia profética que acompaña a quienes migran

Mons. Gustavo García-Siller

Celebración de la Eucaristía en Casa Anunciación y Encuentro con migrantes vulnerables

Encuentro con Sacerdotes por la Justicia y la Esperanza

Encuentro binacional con Cardenal Baggio y sacerdotes, diáconos, religiosas y religiosos
Catedral de San Mateo

Fe y incidencia | *Manifestación, procesión y vigilia en solidaridad con las personas migrantes*

martes | 25 de marzo de 2025

El Paso, Texas

“Lo vio, se acercó y lo cuidó”

Mons. John C. Wester

Encuentro y Celebración de la Eucaristía en el desierto

Encuentro con familias mixtas

La migración y la iglesia en Canadá: desafíos, oportunidades y respuestas

Mons. Noël Simard

La migración y la iglesia en Centroamérica

Pbro. Gustavo Meneses Castro

Estrategias para responder a los retos pastorales de la política migratoria de EE. UU.

Kevin Appleby

miércoles | 26 de marzo de 2025

El Paso, Texas

Acompañamiento pastoral profético en tiempos difíciles

Fabio Cardenal Baggio, CS

La migración y la iglesia en México

Mons. Eugenio Lira Rugarcía

Celebración de la Eucaristía en la Misión Ysleta

La carta pastoral Lo vió, se acercó y lo cuidó en su contexto histórico

Dr. Víctor Carmona, Universidad de San Diego

jueves | 27 de marzo de 2025

Ciudad Juárez, Mexico

Misa en Conmemoración de las víctimas del incendio en Ciudad Juárez en el 2023

Encuentro con las personas migrantes en Casa del Migrante

Encuentro con mujeres involucradas en el trabajo de acompañamiento

Derechos Humanos Integrales en Acción, A.C. y

Servicio Jesuita a Refugiados Ciudad Juárez

Vigilia en Conmemoración de las víctimas del incendio en Ciudad Juárez en el 2023

Derechos Humanos Integrales en Acción, A.C. y

Servicio Jesuita a Refugiados Ciudad Juárez

Testimonio | Vigilia en Solidaridad con los Migrantes
Iglesia del Sagrado Corazón, El Paso, Texas
Susana

Soy Susana. Soy una mamá soltera de más de cuarenta años. Una mamá que día con día se esfuerza para sacar adelante a su hija.

Llegué a EEUU hace 20 años siguiendo el sueño de la persona de quien me enamoré, dejando todo atrás, mi familia, mi carrera, todo.

Pero cuando llegué a este país me enamoré de la ciudad, de cómo se respetan las reglas, de la amabilidad de la gente, de la limpieza de las calles.

Yo en mi país tenía una carrera. Yo era alguien, pero en medio de la recesión en el 2010 no conseguí tener un trabajo porque no tenía la experiencia necesaria.

Al inicio mi vida aquí fue muy difícil ya que no conocía a nadie, no tenía familia y no conocía ningún lugar.

Después de algunos años de vivir aquí nació mi princesa y todo cambió. Mis ilusiones de una vida mejor crecieron pensando en ella. Empecé a trabajar lavando baños y limpiando casas, como muchos lo hacen para progresar y salir adelante hasta donde podía. No digo que limpiar casas no sea un trabajo digno, pero por tener una carrera universitaria yo esperaba algo más para mi vida, pero no tenía oportunidad. Después conocí a gente que me dio oportunidad de trabajar más dignamente.

Tuve muchas oportunidades para mejores trabajos pero me decían: “si tuvieras un seguro social este trabajo sería para ti”; pero no tuve esa oportunidad.

A este largo camino no ha dejado de sumarse Dios, El ha puesto gente muy buena en mi camino, quienes me han ayudado y me han hecho sentir que no estoy sola.

Cuando nos llaman criminales por venir de otro país me da mucha tristeza, porque conozco a mucha gente en mi situación que ha hecho tanto por este país, que hasta han llegado a tener trabajos profesionales. Deseamos para la mayoría de nosotros una vida mejor y no quitarle nada a nadie. Deseamos una oportunidad de mostrar lo que podemos aportar para que todos estemos mejor.

Tomar la decisión de migrar a otro país sabiendo que posiblemente uno vivirá por mucho tiempo en las sombras requiere de mucho valor, porque sabemos que dejamos todo y que tal vez no

regresaremos, y si lo hacemos puede ser de la manera en la que nos venimos o muchas veces hasta peor.

Es difícil pensar en volver a nuestra tierra y saber que ya no es la misma, que hasta nuestros vecinos tal vez no estén. En mi caso perdí a mi padre y me alejé de muchos miembros de mi familia, pero el tiempo me recompensa y yo estoy aquí por mi hija.

Sólo nos queda hacer de nuestros amigos y nuestros vecinos nuestra nueva familia, nuestro apoyo y nuestro consuelo y aprovechar cada instante ya no por nosotros sino por nuestros hijos, quienes tal vez nunca conocerán a sus abuelos, a sus tíos y a sus primos.

No me arrepiento de la decisión tomada porque sé que tengo muchas cualidades, habilidades y conocimientos y el día en que yo tenga la oportunidad de estar bien no la desaprovecharé porque quiero que mi hija se sienta más orgullosa de mí y que piense también en construir una vida mejor, un futuro mejor para ella y sus descendientes.

Cuando más triste y sola me he sentido, algo dentro de mí me dice: “Échale ganas, tú puedes eres muy capaz”, y ese algo yo estoy segura que es Dios quien me abraza fuertemente y me dice: “Aquí estoy y los vamos a lograr”. Gracias.



Sermón | Vigilia en Solidaridad con los Migrantes
Iglesia del Sagrado Corazón, El Paso, Texas
Mons. Mark J. Seitz, Obispo de El Paso

Hermanas y hermanos míos, bendito sea Dios, que nos ha creado, nos redime y nos infunde vida nueva cada día.

Mi querida Susana, permíteme expresar la gratitud de toda esta comunidad por tu testimonio. Nos das ejemplo de una mamá luchadora, de una persona creyente y resiliente, de una persona valiente. Muchísimas gracias.

Querida comunidad:

Estoy muy agradecido de que nos hayamos reunido esta tarde como comunidad fronteriza. Qué maravilloso es tener momentos en los que podemos celebrar y volver a comprometernos con lo que somos, y hacerlo en presencia de Dios.

Agradezco la presencia de muchos líderes religiosos procedentes de diversas tradiciones de fe con los que caminamos esta noche. Agradezco también la presencia de mis hermanos obispos, provenientes de todo el país y de todo el mundo. En particular, doy las gracias a Su Eminencia el Cardenal Baggio por estar con nosotros esta noche. Como estrecho colaborador del Santo Padre, su presencia honra a esta ciudad y a nuestra Iglesia local. *Benvenuto a su casa.*

Nos reunimos en el cuadragésimo quinto aniversario del asesinato de Óscar Romero y esta noche nos ponemos, cada uno de nosotros y nuestra comunidad entera, bajo su protección. Óscar Romero fue un obispo de El Salvador asesinado por el gobierno salvadoreño, y quizás en cierto modo por nuestro propio gobierno, por su misión defensora de los derechos humanos de su pueblo. Aquí tenemos su imagen.

Hemos escuchado esta noche, proclamado por el pastor Jeff y Marisa, el texto del Evangelista Juan, que fue leído momentos antes de que Romero fuera asesinado mientras celebraba la Misa.

“...Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto...”.

Observo que en las camisetas que muchos de ustedes llevan hay una imagen del Sagrado Corazón, una imagen del amor de Dios por cada uno de nosotros, un amor que llega hasta el fondo, hasta los límites.

Y también hay una frase en la camiseta - “échame tierra y ve como florezco”.

Esta es una hermosa expresión de Frida Kahlo. “Échame tierra y ve como florezco”.

A primera vista, podría pensarse que habla de lo resistentes que somos como seres humanos, de que las personas pueden crecer a pesar de los obstáculos.

Hay algo de verdad en ello.

Pero ese no es todo el significado.

El significado más profundo se remonta a estas palabras de Jesús en el Evangelio de Juan. “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto”.

Estas palabras se hicieron realidad en la vida de Romero. Poco antes de su muerte, en una entrevista con un periodista mexicano, hizo suyas estas palabras de Jesús. En ella dijo:

“Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño...Si llegan a cumplirse las amenazas, desde ya ofrezco a Dios mi sangre por la redención y resurrección de El Salvador. (...) [Si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto una realidad. Mi muerte, si es aceptada por Dios, que sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro. Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás”.



“Échame tierra y ve como florezco”.

Estamos aquí esta noche para celebrar nuestra comunidad. La comunidad es un intercambio de dones, en el que nos regalamos la vida unos a otros, en beneficio mutuo, crecemos juntos y soportamos las cargas de los demás. Tú eres mi otro yo. Jesús ofreció su vida en sacrificio por ese Cuerpo. Romero ofreció su vida en sacrificio por ese Cuerpo.

Cuando miramos a nuestro alrededor en el mundo actual, es ese sentido de comunidad por el que Jesús y Romero dieron sus vidas el que actualmente está siendo atacado.

Esto es lo que representan la denegación de asilo y la amenaza de deportaciones masivas. Un ataque fundamental a la comunidad humana. Al Cuerpo, a la visión de Jesús de una humanidad plenamente reconciliada.

Me alegro de que estemos reunidos aquí esta noche, en esta iglesia, en esta frontera. Porque es desde la frontera donde estas cosas se ven más claramente.

A lo largo de los años, me han preguntado muchas veces por qué sigo hablando en nombre de las personas que migran. En primer lugar, por supuesto, porque esta comunidad es mi gente. Ustedes son mi gente: documentados, indocumentados, documentados de alguna manera, ricos y pobres. Gente de fe, gente de diferentes credos, gente de fe del tamaño de un grano de mostaza; ustedes son mis hermanas y hermanos. Las personas que buscan refugio y hospitalidad aquí, son mi gente. Y yo no soy nada sin ustedes.

También alzo la voz porque la migración también está relacionada con el destino de nuestro país. Nuestra relación con este asunto como El Paso, y como Estados Unidos, revela lo que verdaderamente valoramos, lo que verdaderamente honramos. Ojalá no pongamos nuestra fe en el dinero, el poder, la rivalidad, el dominio y el imperio. Esto sería idolatría de la peor clase. ¿Por qué estamos gastando miles de millones de dólares para endurecer nuestra frontera y por qué estamos desplegando miles de soldados a este lugar en este momento? ¿A quién beneficia? ¿No es esto simplemente un imperio disfrazado de seguridad en busca de beneficios para unos pocos elegidos? Pido disculpas a mis hermanas y hermanos de México, América Latina y Canadá, porque este es el mensaje que están escuchando de nuestro país en estos momentos: que estas son las cosas que más valoramos. Esperemos que no sea así. Ojalá sigamos valorando las relaciones, las personas, los seres humanos, la presencia de Dios en cada uno de nosotros.

El ataque a los inmigrantes es hoy una manifestación de este ataque a la comunidad humana, a la única familia de Dios. Y esta noche, aquí, en este lugar a pocos metros de la frontera, vemos que este ataque a la comunidad y a la dignidad humana es en realidad una guerra contra los pobres.

En la frontera vemos que en esta guerra contra los pobres todo es desechable. La tierra, el agua, nuestro medio ambiente, nuestra salud, las mujeres, los pueblos originarios, las relaciones, los matrimonios, los no nacidos, los pobres, los derechos humanos... todo es desechable. Nada es sagrado.

No se equivoquen, el cierre de fronteras, en esta frontera y en todo el mundo, es un frente en esta guerra contra los pobres. Las deportaciones masivas son otra herramienta para mantener a la gente asustada, para mantener a un pueblo dividido, para extinguir la caridad y el amor que mantienen vivo a un pueblo.

Jesús apunta en otra dirección. La verdadera y auténtica comunidad se construye sobre la abnegación, el amor y sobrellevando las cargas de los demás. Hemos trabajado mucho en esta ciudad para que esto sea una realidad. Ustedes han trabajado mucho. Esto es lo que la Iglesia, la comunidad amada, debe ser en el mundo. Esto es lo que debemos promulgar en el mundo. Por eso defendemos la justicia. Si no nos pronunciamos, si no actuamos, esta guerra no tendrá fin. Y lo hacemos sin violencia, bajo el signo de la Cruz: “Échame tierra y ve como florezco”.

A mis hermanos y hermanas aquí presentes esta noche, que dirigen iglesias y congregaciones de las muchas tradiciones religiosas de nuestra ciudad, hemos llegado a conocernos más profundamente en los últimos años. Ahora demos un paso más, hacia la acción en nombre del bien común de nuestra ciudad.

A mis hermanos y hermanas de México, América Latina y Canadá esta noche: trabajemos para dar testimonio común de la Nueva Humanidad que el Padre desea. Como una Iglesia sin fronteras.

A la Iglesia católica de todo el país y a nuestros trabajadores que proveen servicios: este es un momento de verdadera prueba. Muchos han perdido su trabajo. La capacidad de Estrella del Paso para ayudar a los niños no acompañados está siendo atacada. Esta noche hacemos nuestro su dolor. Nuestra capacidad de contribuir al bien común está amenazada y hay un claro intento de deslegitimar nuestra voz. Anclados en la fe, no nos dejaremos acobardar ni intimidar. No buscamos ningún privilegio o a nosotros mismos y nuestra única norma es y seguirá siendo el Evangelio de Jesucristo.

Al Cardenal Fabio, le pido que lleve a nuestro Santo Padre la buena noticia de que hay un pueblo aquí, en esta frontera, que trabaja a diario para forjar lazos de amor y hospitalidad y encuentro, y que rezamos por su salud. En nuestro nombre, le pedimos que le agradezca su testimonio, su preocupación y su ministerio profético.

A mi gente aquí esta noche y a todo nuestro país que vive con miedo a la deportación y a la separación familiar: sepan de nuestro amor y compromiso, que como el amor de Jesús, llega hasta el final, hasta los límites. La Iglesia está con ustedes en esta hora de oscuridad.

Y a aquellos que ocupan un puesto de responsabilidad en nuestro país, que administran nuestro bien común, les hago esta petición urgente: ¡Detengan la prohibición al asilo!
¡Detengan las deportaciones!

“Échame tierra y ve como florezco”. Alabado sea Dios. En medio de la congregación cantaré tu alabanza.



Acompañamiento pastoral profético a migrantes y refugiados

S.E.R. Cardenal Fabio Baggio CS, Subsecretario, Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral

Las migraciones en sus distintas formas, no representan realmente un nuevo fenómeno en la historia de la humanidad. Estas han marcado profundamente cada época, favoreciendo el encuentro de los pueblos y el nacimiento de nuevas civilizaciones. [...] El inicio de este tercer milenio está fuertemente caracterizado por los movimientos migratorios que, en términos de origen, tránsito y destino, afectan prácticamente a cada lugar de la tierra. Lamentablemente, en gran parte de los casos, se trata de movimientos forzados, causados por conflictos, desastres naturales, persecuciones, cambios climáticos, violencias, pobreza extrema y condiciones de vida indignas.¹

Ante lo que nos espera en los próximos años, el Papa Francisco añade que «Las migraciones constituirán un elemento determinante del futuro del mundo. Pero hoy están afectadas por una pérdida de ese sentido de la responsabilidad fraterna, sobre el que se basa toda sociedad civil» (*Fratelli tutti*, 40).

Fiel a su misión de acompañar al pueblo de Dios en todos sus «gozos y esperanzas, tristezas y angustias», especialmente de «los pobres y todos los que sufren» (*Gaudium et spes*, 1), desde su fundación la Iglesia ha desarrollado una acción pastoral atenta a los migrantes, refugiados y desplazados de cada época. Para con ellos, la Iglesia ha cumplido y sigue cumpliendo su triple tarea, expresión de su naturaleza íntima: «anuncio de la Palabra de Dios (*kerygma martyria*), celebración de los Sacramentos (*leiturgia*) y servicio de la caridad (*diakonia*)» (*Deus caritas est*, 25).

En esta ponencia me propongo destacar la función profética de la Iglesia en el servicio pastoral de acompañamiento que las migraciones del tercer milenio imponen, tomando como referencia principal la Carta encíclica *Fratelli tutti* del Papa Francisco.

La misión profética de la Iglesia

Desde su fundación, la Iglesia ha sido llamada a participar de la función profética de Jesucristo, que consiste en la proclamación del reino del Padre con el testimonio de la vida y con el poder de la palabra (*Lumen gentium*, 35). Todos los bautizados están investidos de esta misión: «Cristo [...] realiza su función profética no sólo a través de la jerarquía [...] sino también por medio de los laicos. Él los hace sus testigos y les da el sentido de la fe y la gracia de la palabra» (LG, 35).

La Iglesia cumple su misión profética sobre todo por medio de su testimonio de vida y «mediante este testimonio profético “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” como nos dijo el Concilio (GS, 22). Se trata de una misión profética que tiene un sentido netamente cristocéntrico y que, precisamente por ello, reviste un profundo valor antropológico, como luz y fuerza de vida que brota del Verbo

¹ Francisco, *Discurso a los participantes del Forum Internacional ‘Migración y paz’* (2017).

encarnado.»²

En su propuesta de camino sinodal, el Papa Francisco evidencia como la participación de los bautizados en la función profética de Jesucristo se realiza en la capacidad de «discernir cuáles son los caminos del Evangelio en el presente.»³

El Evangelio de Jesucristo ilumina todos los aspectos de la historia - pasada, presente y futura - revelando el plan originario de Dios para todas las criaturas y también nuestros desvíos de ese plan. En su anuncio profético, la Iglesia evidencia los fracasos humanos, denunciando todo lo que envilece y destruye al ser humano: «Al ejercicio de este ministerio de evangelización en el campo social, que es un aspecto de la función profética de la Iglesia, corresponde también la denuncia de los males y de las injusticias.»⁴

Como destaca el Papa Francisco, retomando las palabras de Don Peppe Diana en la Navidad de 1991: «Como bautizados en Cristo, como pastores... Dios nos llama a ser profetas. El profeta hace de centinela: ve la injusticia, la denuncia y reafirma el proyecto originario de Dios (cf. Ez 3,16-18).»⁵

El Santo Padre, en continuidad con la tradición bíblica, suele acompañar sus palabras proféticas con gestos, y esto es particularmente evidente en el ámbito de la pastoral migratoria. Me refiero a los viajes a las islas de Lampedusa y Lesbos, lugares emblemáticos de los flujos migratorios contemporáneos, los frecuentes encuentros con solicitantes de asilo y refugiados, el posicionamiento en la Plaza San Pedro de la estatua “Ángeles sin saberlo” dedicada a los refugiados de toda época, la bendición de una cruz hecha por chalecos salvavidas en el Palacio Apostólico y otros más.

El mismo Papa Francisco nos ha regalado una interesante clave de lectura del acompañamiento pastoral profético para con los migrantes encomendado a la Iglesia por medio de su interpretación de la parábola del Buen Samaritano en la Carta Encíclica *Fratelli tutti*.

La cultura del descarte

En *Fratelli tutti* (FT), el Santo Padre lee la realidad del mundo contemporáneo evidenciando una serie de tendencias que «desfavorecen el desarrollo de la fraternidad universal» (FT, 9). Éstas se presentan como desafíos comunes, que interpelan a las comunidades eclesiales.

El Santo Padre se refiere al dramático resquebrajamiento de los sueños de unidad, a la culpable falta de un proyecto para todos los seres humanos, a la manifiesta ausencia de una ruta común en los procesos de globalización y de desarrollo, a la violación sistemática de los derechos humanos en las fronteras y a las nuevas formas de sumisión de los pobres y vulnerables.

² Juan Pablo II, *Audiencia General del 20 mayo de 1992*.

³ Francisco, *Discurso a los fieles de la Diócesis de Roma del 18 de septiembre de 2021*.

⁴ Juan Pablo II, *Sollicitudo rei socialis* (1987), 41.

⁵ Francisco, *Lettera in occasione del 30° Anniversario dell'uccisione di don Giuseppe Diana* (19 de marzo de 2024).



Sin embargo, el Papa Francisco ve también en la realidad actual semillas de bien y caminos de esperanza, que pueden devolver el brillo a los grandes ideales (cf. FT, 10- 55).

La llegada y la presencia de numerosos migrantes y refugiados, así como también las diferentes reacciones que esto suscita en las comunidades de acogida, nos permiten ejemplificar la peligrosidad de la cultura del descarte, a la que el Santo Padre opone perentoriamente, como antídoto, la cultura del encuentro.

La cultura del descarte, a la que el Santo Padre ya se había referido en su Carta Encíclica *Laudato si'* (cf. LS, 16, 22 y 43), encuentra en *Fratelli tutti* una diferente caracterización, que hace hincapié en los graves efectos para las relaciones humanas.

Partes de la humanidad parecen sacrificables en beneficio de una selección que favorece a un sector humano digno de vivir sin límites. En el fondo «no se considera ya a las personas como un valor primario que hay que respetar y amparar, especialmente si son pobres o discapacitadas, si “todavía no son útiles” —como los no nacidos—o si “ya no sirven”—como los ancianos. Nos hemos hecho insensibles a cualquier forma de despilfarro, comenzando por el de los alimentos, que es uno de los más vergonzosos (FT, 18).

Esta cultura se hace evidente en los procesos migratorios, allí donde, a causa de las innegables

diversidades, resulta más simple distinguir entre “nosotros” y los “otros”, justificando su exclusión.

Los migrantes no son considerados suficientemente dignos para participar en la vida social como cualquier otro y se olvida que tienen la misma dignidad intrínseca de cualquier persona. [...] Nunca se dirá que no son humanos, pero, en la práctica, con las decisiones y el modo de tratarlos, se expresa que se los considera menos valiosos, menos importantes, menos humanos. Es inaceptable que los cristianos compartan esta mentalidad y estas actitudes, haciendo prevalecer a veces ciertas preferencias políticas por encima de hondas convicciones de la propia fe: la inalienable dignidad de cada persona humana más allá de su origen, color o religión, y la ley suprema del amor fraterno (FT, 39).

La cultura del descarte, que contrabandea la ilusión de poder ser omnipotentes y miembros de una élite mundial, conduce inexorablemente a la cerrazón en los propios intereses, al aislamiento y a la muerte de la fraternidad. Para salvar a la humanidad y a sus ideales, para que ésta pueda realizar el plan creativo de Dios, el Papa Francisco invita a todos a promover la cultura del encuentro.

La vida es el arte del encuentro, aunque haya tanto desencuentro por la vida. Reiteradas veces he invitado a desarrollar una cultura del encuentro, que vaya más allá de las dialécticas que enfrentan. Es un estilo de vida tendiente a conformar ese poliedro que tiene muchas facetas, muchísimos lados, pero todos formando una unidad cargada de matices, ya que “el todo es superior a la parte” (FT, 215).

El encuentro con el otro constituye una dimensión esencial de la existencia humana; la calidad de las relaciones humanas determina el proceso de crecimiento y el logro de la felicidad de cada persona. «Los otros son constitutivamente necesarios para la construcción de una vida plena» (FT, 150). Un ser humano, añade el Santo Padre, «ni siquiera llega a reconocer a fondo su propia verdad si no es en el encuentro con los otros» (FT, 87).

Todos los encuentros con el otro son potencialmente enriquecedores, y dicha potencialidad es directamente proporcional a la alteridad de la persona encontrada. Cuanto más diferente sea, “otra”, mejor permitirá a quienes se encuentran con ella enriquecerse en conocimiento y humanidad.

Es desde esta perspectiva que debemos comprender la invitación del Papa Francisco a privilegiar el encuentro con quien habita las periferias existenciales, que «tiene otro punto de vista, ve aspectos de la realidad que no se reconocen desde los centros de poder donde se toman las decisiones más definitorias» (FT, 215). Las periferias existenciales, explicaba el Santo Padre en julio de 2019, «están densamente pobladas por personas descartadas, marginadas, oprimidas, discriminadas, abusadas, explotadas, abandonadas, pobres y sufrientes.»⁶

Entre los habitantes de las periferias existenciales encontramos a numerosos migrantes,

⁶ Francisco, *Homilía* (8 de julio de 2019).

refugiados, desplazados y víctimas de la trata, que se han convertido en «emblema de la exclusión porque, además de soportar dificultades por su misma condición, con frecuencia son objeto de juicios negativos, puesto que se les considera responsables de los males sociales.»⁷ Renunciar al encuentro con ellos significa privarse del «don que es el encuentro con la humanidad más allá del propio grupo» (FT, 90); significa perder «una oportunidad de enriquecimiento y de desarrollo humano integral de todos» (FT, 133).



La parábola del Buen Samaritano

El encuentro al que se refiere el Santo Padre no es casual o extemporáneo, sino un estilo de vida, muy deseado porque apasiona, un compromiso constante de «buscar puntos de contacto, tender puentes, proyectar algo que incluya a todos» (FT, 216). Se trata de un encuentro que hace crecer en humanidad a todas las personas comprometidas, como bien explicaba el Papa Francisco en un discurso pronunciado en 2016: «Abrirse a los demás no empobrece, sino que más bien enriquece, porque ayuda a ser más humanos: a reconocerse parte activa de un todo más grande y a interpretar la vida como un regalo para los otros; a ver como objetivo no los propios intereses, sino el bien de la humanidad.»⁸

En este contexto, es interesante observar cómo el Santo Padre elige la parábola del Buen Samaritano (Lc 10, 25-37) para ilustrar las dinámicas del encuentro que enriquecen a la

⁷ Francisco, *Mensaje para la 105ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado* (2019).

⁸ Francisco, *Discurso en la Mezquita "Heydar Aliyev" de Bakú, Azerbaiyán* (2 de octubre de 2016).

humanidad. Se trata, de hecho, de un encuentro muy particular, que en el Evangelio se utiliza para explicar el significado de “prójimo”, como destinatario de un amor que es un criterio para obtener la vida eterna. El Papa Francisco lee en esta parábola un significado diferente: «La parábola nos muestra con qué iniciativas se puede rehacer una comunidad a partir de hombres y mujeres que hacen propia la fragilidad de los demás, que no dejan que se erija una sociedad de exclusión, sino que se hacen prójimos y levantan y rehabilitan al caído, para que el bien sea común» (FT, 67).

El encuentro descrito en la Parábola se puede resumir en cuatro verbos, estrechamente vinculados entre sí: reconocer, tener compasión, hacerse prójimo, cuidar.

El primer paso, el reconocer al otro, requiere, ante todo, “darnos cuenta” de su presencia. Quien vive ensimismado, desinteresado de los demás, indiferente, no logra darse cuenta del “prójimo” golpeado y abandonado en el camino (cf. FT, 73). Entonces, reconocer al hermano y a la hermana en el prójimo requiere un esfuerzo adicional, sobre todo si no «es parte del propio círculo de pertenencia» (FT, 81). Además de esta dimensión inmanente de la fraternidad, existe también una trascendente, que se funda en una inequívoca revelación de Jesucristo: «En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40). El cristiano está llamado, por tanto, a «reconocer al mismo Cristo en cada hermano abandonado o excluido» (FT, 85). Teniendo esto en cuenta, la cultura del encuentro se transforma en “teología” del encuentro y, del mismo modo, en “teofanía” del encuentro.

Como segundo paso, la compasión, considera la capacidad del Samaritano de comprender el sufrimiento del pobre viandante, de conmoverse y sentir empatía. «No es una opción posible vivir indiferentes ante el dolor, no podemos dejar que nadie quede “a un costado de la vida”. Esto nos debe indignar, hasta hacernos bajar de nuestra serenidad para alterarnos por el sufrimiento humano» (FT, 68). Sin embargo, existe también una dimensión trascendente que erige como modelo la compasión divina. Como explicaba el Papa Francisco en 2015, «la compasión de Dios es meterse en el problema, meterse en la situación del otro, con su corazón de Padre.»⁹

En tercer lugar, surge el “hacerse prójimos”. En este caso, el Santo Padre señala que fue el Samaritano «quien se hizo prójimo del judío herido. Para volverse cercano y presente, atravesó todas las barreras culturales e históricas» (FT, 81). En su Mensaje para la 106ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, el Papa Francisco explica que dichas barreras suelen generar miedos y prejuicios que «nos hacen mantener las distancias con otras personas y a menudo nos impiden “acercarnos como prójimos” y servirles con amor». Hacerse prójimos significa involucrarse personalmente, regalando al otro lo más valioso que tenemos: ¡el tiempo! El Samaritano seguramente «tenía sus planes para aprovechar aquel día según sus necesidades, compromisos o deseos. Pero fue capaz de dejar todo a un lado ante el herido, y sin conocerlo lo consideró digno de dedicarle su tiempo» (FT, 63). Hacerse prójimos significa estar dispuestos a

⁹ Francisco, *Meditación matutina* (30 de octubre de 2015).

“ensuciarse las manos”. Y «el ejemplo más grande nos lo dejó Jesús cuando lavó los pies de sus discípulos: se quitó el manto, se arrodilló y se ensució las manos.»¹⁰

Por último, está el “cuidar”. Siguiendo el ejemplo del Samaritano, el Santo Padre nos invita a “vendar las heridas” de cada “forastero existencial” (97) y “exiliado oculto” (98), vertiendo “aceite y vino”. El aceite, el vino y las vendas representan idealmente todos aquellos instrumentos que estamos llamados a utilizar para aliviar y curar, desde una escucha atenta a una palabra oportuna, desde la asistencia médica a la psicológica, desde el restablecimiento de la confianza a la restauración de la dignidad personal. Cuidar significa hacerse cargo de los sufrimientos del otro. Se trata de un compromiso a largo plazo que nos transforma en “compañeros de viaje”, en amigos que comparten el camino hacia una meta común. Y cuando nos damos cuenta de que no podemos hacerlo todo solos, entonces debemos actuar como el Samaritano, que llevó al pobre hombre a una posada. «El samaritano buscó a un hospedero que pudiera cuidar de aquel hombre, como nosotros estamos invitados a convocar y encontrarnos en un “nosotros” que sea más fuerte que la suma de pequeñas individualidades» (FT, 78).

El reto del encuentro, que hace crecer en humanidad, nos atañe a todos y nadie puede echarse atrás. «Todos tenemos responsabilidad sobre el herido que es el pueblo mismo y todos los pueblos de la tierra. Cuidemos la fragilidad de cada hombre, de cada mujer, de cada niño y de cada anciano, con esa actitud solidaria y atenta, la actitud de proximidad del buen samaritano» (FT, 79). En su visita a Lampedusa en 2013, el Papa Francisco recordaba esta responsabilidad común: «¿Dónde está tu hermano?», la voz de su sangre grita hasta mí, dice Dios. Ésta no es una pregunta dirigida a otros, es una pregunta dirigida a mí, a ti, a cada uno de nosotros.»¹¹ La pregunta es clara y exige una respuesta por nuestra parte, porque, como afirma el Santo Padre, «en este momento, todo el que no es salteador o todo el que no pasa de largo, o bien está herido o está poniendo sobre sus hombros a algún herido» (FT, 70).

Sin embargo, hay que reconocer que comprometerse en este tipo de encuentro, difundiendo su cultura, no es una operación sencilla. En *Fratelli tutti* el Papa Francisco señala dos acciones propedéuticas, que implican dos tipos de movimiento diferentes: superar los miedos y cruzar las fronteras:

El natural instinto de autodefensa nos lleva a menudo a albergar dudas y miedos hacia los demás, y en particular hacia los extranjeros, hacia los migrantes. Estamos llamados a superar estas «reacciones primarias, porque el problema es cuando [ellas] condicionan nuestra forma de pensar y de actuar hasta el punto de convertirnos en seres intolerantes, cerrados y quizás, sin darnos cuenta, incluso racistas. El miedo nos priva así del deseo y de la capacidad de encuentro con el otro» (FT, 41). Es necesario recordar constantemente a nuestras comunidades cristianas que es Jesucristo mismo quien pide ser encontrado en el hermano y en la hermana que llaman a nuestra puerta.

¹⁰ Francisco, *Mensaje para la 106ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado* (2020).

¹¹ Francisco, *Homilía* (8 de julio de 2013).



Como insistía el Santo Padre en febrero de 2019, «Y realmente es Él, incluso si a nuestros ojos les cuesta trabajo reconocerlo: con la ropa rota, con los pies sucios, con el rostro deformado, con el cuerpo llagado, incapaz de hablar nuestra lengua.»¹²

En *Fratelli tutti* el Papa Francisco nos exhorta repetidamente sobre la necesidad de cruzar las fronteras para prepararnos para el encuentro con el otro. El Santo Padre se refiere, en primer lugar, a las fronteras geográficas y políticas, que en el mundo contemporáneo caracterizan los desequilibrios entre quienes gozan de la mayor parte de los recursos y quienes se quedan con las migajas. «Si toda persona tiene una dignidad inalienable, si todo ser humano es mi hermano o mi hermana, y si en realidad el mundo es de todos, no importa si alguien ha nacido aquí o si vive fuera de los límites del propio país» (FT, 125). Pero el Papa Francisco se refiere también a las barreras sociales, culturales, económicas y religiosas que se erigen para distinguir “nosotros” de los “otros”. En nombre de la seguridad «se crean nuevas barreras para la autopreservación, de manera que deja de existir el mundo y únicamente existe “mi” mundo, hasta el punto de que muchos dejan de ser considerados seres humanos con una dignidad inalienable y pasan a ser sólo “ellos”» (FT, 27).

¹² Francisco, *Homilía* (15 de febrero de 2019).

Aunque el reto que plantea el encuentro, que hace crecer en humanidad, se dirige a toda la humanidad, las comunidades cristianas deben sentirse interpeladas en primera persona. El Santo Padre, citando a San Juan Crisóstomo, hace un llamamiento a todos los cristianos: «¿Desean honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecien cuando lo contemplan desnudo [...], ni lo honren aquí, en el templo, con lienzos de seda, si al salir lo abandonan en su frío y desnudez». La paradoja es que a veces, quienes dicen no creer, pueden vivir la voluntad de Dios mejor que los creyentes» (FT, 74). A las comunidades cristianas, llamadas a ser testimonio vivo del advenimiento del Reino de Dios, les corresponde, pues, la tarea de conjugar los verbos del encuentro en primera persona del singular y en primera persona del plural. Esta conjugación comienza necesariamente por la escucha. «No hay que perder la capacidad de escucha» (FT, 48). Escuchar al territorio y a los habitantes de las periferias esenciales es una condición *sine qua non* para identificar los espacios de exclusión y prepararse al encuentro.

Las comunidades cristianas están llamadas a escuchar el lamento del Pueblo de Dios, un “grito” que a menudo es “silencioso”, porque está sofocado por las lágrimas del sufrimiento, y “silenciado”, porque es incómodo y desestabilizador. Pero el Señor nos ha dado el Espíritu Santo para poder discernir Su voluntad, sin dejarnos distraer por las ilusiones de este mundo. Hago mía la oración del Santo Padre: «Señor, [...] infunde en nuestros corazones un espíritu fraternal. Inspíranos un sueño de reencuentro, de diálogo, de justicia y de paz. Impúlsanos a crear sociedades más sanas y un mundo más digno, sin hambre, sin pobreza, sin violencia, sin guerras» (FT, *Oración al Creador*).

Conclusión

Las palabras del Santo Padre en su Carta Encíclica *Fratelli tutti* constituyen herramienta de concientización y - aún más importante - de acción para con el “otro”. La pandemia de COVID 19 nos ha enseñado que en un mundo global las personas no pueden ser indiferentes de la realidad y sufrimiento de los demás. El encuentro con el prójimo - sobre todo cuando no hace parte del “nuestro” grupo - es posiblemente el único camino para asegurar una humanidad que transforme las fronteras en puentes y el miedo en empatía y amor. Los migrantes y refugiados necesitan urgentemente de personas que comprendan esto.

El acompañamiento pastoral profético a migrantes y refugiados es una expresión del acompañamiento pastoral profético que la Iglesia debe asegurar a todos los habitantes de las periferias existenciales. El Papa Francisco ha sintetizado la pastoral migratoria en cuatro verbos: acoger, proteger, promover e integrar. «Estos verbos no se aplican sólo a los migrantes y a los refugiados. Expresan la misión de la Iglesia en relación a todos los habitantes de las periferias existenciales, que deben ser acogidos, protegidos, promovidos e integrados.»¹³

Quisiera concluir con unas palabras de esperanza, citando el Mensaje del Papa Francisco para la 107ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado:

¹³ Francisco, *Mensaje para la 105ª Jornada del Migrante y Refugiado* (2019).

El profeta Joel pre-anunció el futuro mesiánico como un tiempo de sueños y de visiones inspiradas por el Espíritu: «derramaré mi espíritu sobre todo ser humano; sus hijos e hijas profetizarán; sus ancianos tendrán sueños, y sus jóvenes, visiones» (3,1). Estamos llamados a soñar juntos. No debemos tener miedo de soñar y de hacerlo juntos como una sola humanidad, como compañeros del mismo viaje, como hijos e hijas de esta misma tierra que es nuestra casa común, todos hermanos y hermanas.



Una meditación: los migrantes nos llaman a una solidaridad profética

Mons. Arturo José Bañuelas, STD, Diócesis de El Paso

Jesús está en la frontera. Jesús en la frontera está siendo crucificado hoy en los pobres. Pero Jesucristo resucitó, y ahora todos resucitamos a una vida nueva.

En nuestro país estamos viviendo una crisis humanitaria, política, cultural y económica, que es también una crisis espiritual. Para nosotros, personas de fe, este es un momento decisivo; y son los pobres, los marginados, los migrantes, las personas “desechables” quienes nos impulsan a vivir los valores del reino (reinado) de Jesús de amor incondicional, solidaridad sin fronteras, compasión, misericordia y justicia. Sus voces nos gritan.

En un servicio parroquial de oración, Mónica, una madre soltera de 28 años, compartió con nosotros la horrible experiencia que vivió cuando un agente fronterizo le arrancó de los brazos a su hijo de 8 meses. Dijo: "Todos los días lloraba desesperadamente buscando a mi bebé". "¿Dónde estaba? ¿Estaba bien?" "¿Enfermo?" "¿Echaba de menos a su madre? Fue un infierno, una tortura diaria para ella durante 6 meses hasta que lo encontraron. Luego dijo: "Cuando por fin tuve a mi bebé en brazos, no se vinculó a mí. Los dos estábamos tan traumatizados que a mi hijo le costó saber quién era yo". Imagínense lo que pasaron esta madre y su hijo, preguntándose cuánto durará este trauma a causa de esta cruel y despiadada política de separación familiar.

Juanito, un niño de 7 años, llegó al albergue de nuestra parroquia con un ojo morado y la nariz ensangrentada. Tenía hambre y se cruzó con unos adultos jóvenes que comían en una mesa exterior de un restaurante. Les dijo que tenía hambre y les pidió comida. En lugar de eso, los tres jóvenes se levantaron y le golpearon, gritándole y señalando hacia México. Parecía que le gritaban: "Vuelve a México". Él dijo: "Llevaba dos días sin comer y tenía mucha hambre. Sólo quería comer".

En una escuela local, tres alumnas de honor, chicas inmigrantes de secundaria, tienen que soportar constantemente insultos y calumnias humillantes de otros alumnos: "Mira, ahí vienen las criadas".

Los migrantes nos preguntan: "¿Te importa?" ¿A quién le importa? ¿Por qué esta supuesta nación cristiana nos ha declarado la guerra a quienes simplemente queremos trabajar para proporcionar una vida mejor a nuestras familias? Los migrantes que sufren preguntan: "¿Por qué quieren deportar a nuestras familias que han trabajado durante décadas para mejorar este país y nuestras comunidades?" Son nuestros buenos vecinos.

Aquí, en nuestra frontera militarizada, las políticas de nuestro gobierno se convierten en armas contra los inmigrantes y los refugiados.¹⁴ Se trata de un imperialismo demencial: una noción para disfrazar la superioridad, la supremacía, la xenofobia y el racismo que se hace pasar por seguridad nacional.¹⁵ Es una poderosa herramienta para enmascarar la aplicación de la ley como autodefensa que proclama falsamente la protección, la libertad y la libertad para todos, pero que en realidad funciona para dividir a una nación en un "nosotros" y un "ellos". Esto demoniza y deshumaniza a los demás y alimenta a los promotores de movimientos extremistas.¹⁶ Además, esto está creando una subclase de personas que viven ocultas entre nosotros y no son vistas como iguales, ni siquiera como humanos. Recordamos el discurso político de la campaña que afirmaba repugnantemente que los inmigrantes son animales, que comen perros y gatos, e incluso que envenenan la sangre de nuestra nación. Sin embargo, esta hipocresía de racismo, exclusión y desinformación de los migrantes y refugiados se toma como verdad. ¡Esto es espantoso!

¿Qué nos espera ahora? Parece que más allá de las deportaciones masivas hay un empuje para poner fin a la ciudadanía por derecho de nacimiento, completar el muro fronterizo - un monumento a la xenofobia y el odio, y hacer aún más difícil entrar legalmente en nuestro país.¹⁷ Veremos más militares llegar a nuestra frontera, políticas de control migratorio más estrictas, albergues en la Bahía de Guantánamo, un mayor apoyo envalentonado a los movimientos anti-inmigrantes, más alambre de púas afilado y más muertes en nuestro desierto.

La intolerante narrativa anti-inmigrante del gobierno sigue asustando, enfadando y provocando que la gente odie a los recién llegados y promoviendo políticas de aplicación de la ley más duras que separan a las familias y niegan a los estudiantes DACA un lugar en nuestra sociedad. Esto es una traición a los más altos valores estadounidenses y es moralmente incorrecto, profundamente inhumano, fundamentalmente racista y anti-cristiano.¹⁸

¿Cuántas veces tenemos que decir que no hay una frontera abierta ni una invasión de extranjeros? El hecho es que tenemos un sistema de inmigración burocrático, inconsistente, caro, roto y complejo que históricamente se estableció para discriminar a los más pobres: como las

¹⁴ Para más, vea Hope Border Institute and Derechos Humanos Integrales en Acción, *Pain as Strategy: The Violence of U.S.-Mexico Immigration Enforcement and Texas' Operation Lone Star against People on the Move in El Paso-Ciudad Juarez* (Julio 2024),

https://www.hopeborder.org/files/ugd/e07ba9_f84230270fa84893a376c1592553d09a.pdf.

¹⁵ Daniel E. Martínez, *The racialized dimensions of contemporary immigration and border enforcement policies and practices* (2022).

¹⁶ James A. Piazza, *Populism and support for political violence in the United States: assessing the role of grievances, distrust of political institutions, social change threat, and political illiberalism* (2024); Marco Gemignani and Yolanda Hernandez-Albujar, *Hate groups targeting unauthorized immigrants in the US: discourses, narratives and subjectivation practices on their websites* (2015).

¹⁷ Mica Rosenberg, Perla Trevizo and Zisiga Mukulu, Propublica, *Four years in a day* (7 de febrero de 2025) <https://www.propublica.org/article/donald-trump-immigration-executive-orders>.

¹⁸ Sobre la incompatibilidad de las deportaciones masivas y otras políticas propuestas con la enseñanza social católica, véase la *Carta del Santo Padre Francisco a los obispos de los Estados Unidos de América del 10 de febrero de 2025*.

redadas en Mississippi, el linchamiento de mexicanos a lo largo de la frontera, el programa Bracero, la política de "Quédate en México" contra los solicitantes de asilo, y el indignante muro en la frontera que nos divide, por mencionar algunos. Lamentablemente, estas políticas crueles siguen definiendo y moldeando nuestra sociedad.



Por supuesto, nos enfadamos cuando seguimos viendo cómo el mercado del miedo presenta a los inmigrantes como una amenaza para nuestra seguridad y prosperidad. Fomentar el miedo a los inmigrantes funciona para quienes ya están dispuestos a tragarse una ideología de odio y exclusión. Por desgracia, el fomento del miedo a la diferencia de las personas de color ha penetrado en la imaginación misma de nuestra agenda nacional, especialmente presentando a los migrantes como amenazas económicas. Un ejemplo claro: oímos en los medios de comunicación que los contribuyentes pagan miles de millones por los migrantes en educación, hospitales, clínicas, escuelas y servicios similares. Es cierto, los contribuyentes pagan por servicios para las comunidades de inmigrantes. Sin embargo, lo que los medios ocultan es la

verdad de que los inmigrantes contribuyen con más de 579.000 millones de dólares a nuestra economía, ya que también pagan impuestos.¹⁹ Incluso pagan una seguridad social de la que nunca se beneficiarán. En otras palabras, los inmigrantes contribuyen significativamente a sostener la economía estadounidense, ayudan a aumentar el empleo y hacen grande económicamente a Estados Unidos.²⁰

Una economía próspera no lo es porque tengamos más multimillonarios; lo es cuando todos los trabajadores tienen un salario decente para mantener a sus familias. Los estudios demuestran que en nuestra frontera se deja pasar libremente mercancías, tecnología, capital, ganado y artesanía, pero no a quienes buscan refugio de la pobreza, la tortura, la opresión y la violencia. Es una grave injusticia para nuestra humanidad dar prioridad a los beneficios de las mercancías sobre las personas.

Es hora de que cambiemos la narrativa negativa sobre los inmigrantes y afirmemos las numerosas y significativas contribuciones que las comunidades inmigrantes aportan a nuestra nación: en tecnología, como educadores, soldados, en los negocios, las artes, los deportes, como obispos, chefs, en el entretenimiento, como médicos, enfermeras, o incluso un juez del Tribunal Supremo; y la lista es larga. Tenemos la suerte de contar con su presencia entre nosotros.

Imaginemos un momento en el que todos los inmigrantes de nuestro país faltaran al trabajo durante un día. Eso paralizaría los mercados y haría que los estadounidenses valoraran mejor las contribuciones de los inmigrantes en nuestro país. Además, no es ningún secreto que el aumento de las tasas de inmigración está relacionado con la disminución de las tasas de delitos.²¹ Sin embargo, siguen sufriendo discriminación, imágenes negativas en los medios de comunicación, tasas de pobreza prohibitivas, falta de oportunidades educativas, falta de seguro médico y se les niega un lugar en la mesa de la justicia.

Nuestros mercados utilizan a los inmigrantes para que las empresas obtengan beneficios, pero no se les recompensa por su trabajo. Por ejemplo, los trabajadores agrícolas migrantes (así como los cocineros, camareros, amas de casa, cuidadores, trabajadores de hoteles, trabajadores de la construcción, e incluso los soldados migrantes) son tratados como invisibles y desechables, pero no ofrecemos legalizarlos por su trabajo. Millones de personas trabajan en nuestros agotadores campos de frutas y verduras, en las plantas de envasado de carne o en las granjas lecheras, limpian nuestras oficinas, luchan en nuestras guerras, cuidan de los jardines en nuestras casas, y nosotros queremos utilizarlas y luego tirarlas sin nada a cambio. Hacer esto nos convierte en una nación desagradecida.

¹⁹ Diana Roy, Council on Foreign Relations, *How does immigration affect the U.S. economy?* (30 de octubre de 2024).

²⁰ Vea Julia Gelatt, Migration Policy Institute, *Immigrants and the U.S. economy* (Octubre 2024).

²¹ Vea American Immigration Council, *Debunking the myth of immigrants and crime* (Octubre 2024).

La próxima vez que se siente a la mesa para comer piense en su trabajo, y quizá veamos que estos trabajadores son esenciales para nuestras vidas, para nuestra seguridad económica y alimentaria, y que es hora de que abogemos por su ciudadanía.

Invocar una imagen de los migrantes como criminales, violadores y asesinos desmiente la verdad sobre ellos. La inmensa mayoría de los inmigrantes no son delincuentes.²² Son personas buenas, decentes y trabajadoras que enriquecen nuestra nación con su presencia. Retratar una imagen falsa de los inmigrantes sirve para distraer la atención gubernamental necesaria para abordar las causas profundas que afectan a la migración. Un análisis minucioso muestra que nuestro defectuoso sistema de inmigración, nuestras políticas económicas globales y las regulaciones sobre el cambio climático son los principales factores que crean las razones por las que la gente migra.²³ Las corporaciones de EE.UU. en los países de origen son un factor importante que causa la migración también.²⁴ En última instancia, el sistema gubernamental está creando la migración para su beneficio financiero. Es moralmente incorrecto beneficiarse del sufrimiento ajeno.

Nuestra realidad fronteriza nos da una perspectiva más amplia sobre la inmigración porque estamos en el centro y, al mismo tiempo, en primera línea con quienes se enfrentan a políticas injustas e inhumanas, a violaciones de los derechos humanos y a la demonización. En la frontera, vivimos una realidad única porque con las Américas nos unen la historia, las lenguas, las economías, la política, las tradiciones, la cultura, el sufrimiento y las esperanzas. Sin embargo, para muchos, intentar cruzar la frontera se ha convertido en una sentencia de muerte.²⁵ Las naciones afirman que tienen derecho a establecer fronteras, pero no hay derecho a tener fronteras humanas que nos dividan por el color de nuestra piel, acento, religión o país de origen.

Nuestra fe católica ofrece una visión alternativa para nuestro país en este momento concreto de la historia fronteriza. Nuestra fe nos enseña que los inmigrantes y refugiados son seres humanos, hechos a imagen y semejanza de Dios; son nuestros hermanos y hermanas –familia; son dignos de nuestro respeto. Como dice el obispo Seitz: "Todo ser humano lleva en sí la imagen de Dios que nos confiere una dignidad superior a cualquier pasaporte o estatus de inmigración".²⁶ Imaginemos lo diferente que sería la humanidad si esta dignidad suprema de ser hijo e hija de Dios entrara en nuestra conciencia colectiva e impregnara todas nuestras vidas.

Nuestras Sagradas Escrituras nos dicen que nuestro Dios está primero del lado de los pobres, de los marginados y de todos los considerados desechables. Los profetas lo anuncian, Jesús lo

²² *Ibid.*

²³ Veá, por ejemplo, Carta encíclica *Laudato Si'* del Papa Francisco (24 de mayo de 2015).

²⁴ Jesús de la Torre, Brenda Peralta and Karla Rivas, *'Do not come': The US Root Causes Strategy and the co-optation of the right to stay* (2025).

²⁵ Aimée Santillán and Chilton Tippin, Hope Border Institute, *Making migrant death data count: Recommendations for addressing an alarming trend in preventable migrant deaths in the El Paso Sector* (January 2025).

²⁶ Mons. Mark J. Seitz, *La pena y la aflicción terminarán: Carta Pastoral sobre Migración para el Pueblo de Dios en la Diócesis de El Paso* (18 de julio de 2017), 6.

ejemplifica. Jesús lleva a todos el amor divino incondicional, especialmente a los pecadores públicos, los leprosos, los ciegos, los recaudadores de impuestos, las mujeres, los extranjeros y todos los marginados de la sociedad. Él es inequívoco y profundamente desafiante: "Cuando era forastero y me acogisteis". (Mateo 25, 35). Por eso, servir a los demás es amar a Dios, y así entramos en un encuentro más profundo e íntimo con Cristo crucificado entre nosotros. Cuando Jesús dijo: "Sígueme", estaba llevando a sus seguidores a los márgenes, un lugar muy familiar para él. Cuando Jesús dijo: "Dadles vosotros de comer" (Marcos 6, 37), nos estaba llamando a una solidaridad compasiva. El cuidado compasivo de los más pobres nos llama a traducir este amor de Dios en acciones por la justicia, la paz y la reconciliación en nuestra sociedad. Así, trabajar por los derechos humanos y la dignidad humana se convierten en rituales sagrados de nuestra espiritualidad.

En la parábola del Evangelio sobre el Buen Pastor y la oveja perdida (Lucas 15:3), Jesús deja a las 99 ovejas y busca a la que sufre aislamiento, soledad, luchas, sentimientos de exclusión, y nos muestra un ejemplo de dar prioridad a la compasión por los marginados.

En este momento decisivo de nuestra historia, los migrantes nos llaman a una espiritualidad de solidaridad profética. Los pobres en movimiento nos llaman a mirarnos en el espejo como un desafío que revela una dimensión interrelacionada de nuestra humanidad mutua que, o bien abraza falsas ideologías de injusticia que ahogan nuestra capacidad de vivir desde lo mejor que somos, o bien abraza una espiritualidad de solidaridad que agracia y transforma nuestras vidas y el mundo donde lo divino está presente entre nosotros.

La solidaridad nos lleva fuera de nuestras rectorías, a donde duele, a los lugares del dolor y la ruptura, el trauma y el miedo. Nos llama a compartir las lágrimas de los que están en la miseria, a abrazar los sentimientos de aislamiento de la gente, a llorar con los que perdieron a sus seres queridos en el desierto. Nos exige no sólo hablar en nombre de los marginados, sino ser ellos mismos. En nuestra solidaridad profética, nuestra unidad compasiva con los demás es nuestra unidad con Dios.

A lo largo de la frontera, Dios ha elegido encontrarnos y salvar a la humanidad a través de los pobres, los marginados, los migrantes, los refugiados y los rechazados de nuestro planeta sagrado. La caridad y la empatía son buenas, pero no suficientes. Jesús nos llama a ponernos al lado de los pobres que sufren. Recuerda, como dijo Ignacio Ellacuría, "No hay conversión a Dios si no hay conversión a los pobres".²⁷ A través de sus ojos vemos lo que ve Jesús, una nueva esperanza, una vida rica en belleza, valor y sentido y la promesa de una nueva vida resucitada.

La solidaridad profética debe convertirse en algo más que acompañamiento, una buena palabra, pero es sólo el primer paso hacia la solidaridad real. Acompañamiento puede significar, estoy contigo, y estoy a tu lado. La solidaridad nos lleva a un lugar más profundo sacándonos de

²⁷ Ignacio Ellacuría, *Los pobres, lugar teórico en América Latina* (26 de septiembre de 1981).



nuestras zonas de confort, de la forma en que estamos acostumbrados a pensar sobre los pobres, de mis suposiciones religiosas sobre la pobreza; y luego nos invita a entrar en la vida de los pobres que luchan, haciendo nuestros su sufrimiento, su dolor y sus esperanzas. La solidaridad real permite que sus luchas, sus historias, sus sueños y su difícil situación penetren en nuestra propia alma. Esto transforma nuestras vidas y, de este modo, los pobres que luchan se convierten en nuestros maestros de justicia. Un verdadero encuentro de solidaridad es mutuo y, en esta reciprocidad, formamos parte de la vida del otro, aprendemos el uno del otro y ambos nos convertimos en seres humanos más plenos y valiosos. Estos momentos de transformación nos abren a la Divinidad que nos rodea y que está en nosotros. En solidaridad "Ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí" (Gal 2, 20).

En este encuentro de gracia con los pobres que luchan, empezamos a plantearnos las preguntas significativas más profundas que dan mayor sentido a nuestras vidas: como, ¿tiene algo que ver mi estilo de vida con los sufrimientos de los demás? Las respuestas nos desafían a vivir una solidaridad profética de amor, resistencia, justicia y derechos humanos. Como dijo Monseñor Romero: "Cuando la Iglesia oye el clamor de los oprimidos no puede menos que denunciar las formaciones sociales que causan y perpetúan la miseria de la que surge ese clamor."²⁸ Ser

²⁸ Mons. Óscar Romero, *Carta pastoral: La Iglesia Cuerpo de Cristo en La Historia* (06 de agosto de 1977).

profético es comprometerse en la transformación de la humanidad enfrentando el statu quo injusto.

Nuestro Santo Padre el Papa Francisco, el profeta de los inmigrantes, dice que la solidaridad es un estilo de vida de santidad y justicia social. Esto nos desafía a vivir con esperanza valiente, sin miedo a tomar partido por la justicia, sabiendo que cada posición elimina un ladrillo del muro de la injusticia, hasta que todo se derrumba, hasta que se borran las divisiones, y estamos unidos como una comunión humana global, una familia unida, dando a luz a un nuevo mestizaje global. Es un compromiso apasionado por ver la bondad de Dios en los demás.

La solidaridad profética es también un acto de resistencia no violenta. Los migrantes y refugiados huyen para salvar sus vidas y las de sus familias. Nuestro silencio ante sus sufrimientos nos hace cómplices de quienes los condenan y criminalizan. Nuestra única opción válida es no permanecer indiferentes. Estamos en la lucha profética no como espectadores neutrales, sino como artesanos de Jesús de una nueva humanidad y una nueva historia. Somos agentes proféticos de la esperanza en el Reino de Dios. Espiritualmente, estas acciones, como una oración, nos introducen en el asombroso misterio de la vida divina entre nosotros, un encuentro en el que vemos un reflejo del rostro humano de Cristo en los pobres que sufren.

Comprometerse políticamente no significa apoyar a un candidato o una plataforma política. Se trata de estar en la mesa donde se toman las decisiones sobre la vida de las personas para garantizar el bien común de todos, especialmente de los más vulnerables. La dignidad de los migrantes está en nuestra mesa. Debido a las políticas racistas, nuestra frontera está siendo atacada. Cuando se ataca a los migrantes, se nos ataca a todos. Necesitamos más *Fratelli tutti* y menos xenofobia.

Aún nos queda mucho trabajo. Además de las ya mencionadas desde nuestras perspectivas de fe, hay muchas soluciones a la situación de los refugiados. Apoyemos la justicia y digamos: Detengan las deportaciones de gente de bien. Basta de separar familias. Paren cualquier prohibición del asilo. Basta de poner alambres de cuchillas en el río. Dejen de construir muros xenófobos que dividen. Dejen de decir mentiras sobre los inmigrantes. Entonces involucrémonos en todos los niveles de la vida pública. Abogamos por la ciudadanía, propongamos leyes que protejan nuestra sagrada tierra, trabajemos por una reforma migratoria justa y global, promovamos el cierre de los centros de detención de menores, exijamos la entrada segura de los solicitantes de asilo, abogamos por políticas exteriores y económicas justas, hagamos frente a la demanda de drogas a este lado de la frontera y enfrentémonos a las políticas racistas que alimentan el sentimiento anti-inmigrante. Compremos en negocios que apoyen la justicia y boicoteemos a los demás.

Estados Unidos ha fallado a nuestros inmigrantes, solicitantes de asilo y refugiados. Nosotros no podemos hacer lo mismo. Amamos nuestra ciudad fronteriza, su gente y su forma de vida. Los migrantes la refuerzan con nosotros. Renovemos hoy nuestra fe y comprometámonos de nuevo a ser agentes enérgicos de una solidaridad profética. Nuestra opción con y por los más pobres

debe ir más allá de nuestra diócesis fronteriza, pero nuestra frontera sigue siendo un punto de partida para el testimonio profético.

Desde nuestra frontera tenemos el reto de construir comunidades de esperanza en las que las personas no tengan miedo unas de otras, convirtiéndonos en comunidades generosas y acogedoras que abracen las diferencias como bendiciones que enriquecen todas nuestras vidas. Nuestra frontera nos llama a construir una sociedad en la que la gente se comprometa a hacer una mesa más grande, no un muro más alto, y en la que la humanidad sufriente pueda aspirar no tanto al sueño americano como al sueño del Reino de Dios. Tenemos que ir más allá de simplemente alimentar a los migrantes y darles ropa usada. Aunque esto es importante, tenemos que caminar con ellos la cruz no violenta para crear nuevas leyes, nuevos corazones, nueva esperanza y una espiritualidad que conecte el amor a Dios con acciones por la justicia.

Mediremos el éxito creando una sociedad en la que todos tengan las mismas oportunidades de disfrutar de una calidad de vida sostenible, en la que la reforma migratoria sea la ley del país, en la que el statu quo tenga que ver con la dignidad humana y los derechos humanos, en la que la hospitalidad fronteriza resida en nuestros corazones, en la que el compromiso político sea tan común a nuestra fe como la oración, y en la que honremos nuestra interconexión como algo sagrado. Como personas de fe, sabemos que la única solución a la injusticia y al racismo es el amor incondicional de Jesús vivido en nuestro cuidado compasivo de los demás.

Sé que a veces sentimos que vivimos en un valle de lágrimas lleno de decepciones que pueden desanimarnos y hacernos creer que las injusticias y la oscuridad están ganando. Pero este no es nuestro momento para desanimarnos o frustrarnos. Este es nuestro momento sagrado. Este es nuestro momento católico. Este es nuestro momento de esperanza más allá de las luchas, porque después de la cruz viene la resurrección. Todas nuestras acciones en favor de la justicia son semillas que ya están floreciendo para formar comunidades de esperanza y emplear la bondad incluso de los corazones sesgados y endurecidos que hay entre nosotros.

Dios está siempre del lado de la justicia. Nadie puede detener nuestra marcha por la igualdad y la justicia porque ya no tenemos miedo, porque los inmigrantes que luchan fortalecen nuestra determinación. Nuestra esperanza es más fuerte que nuestro miedo. No subestimemos el poder del amor de Dios vivido en nuestras luchas por la justicia que nos transforma en una nueva persona, una nueva nación y una nueva humanidad.

Dios ha suscitado héroes, intrépidos agentes de esperanza, entre nosotros para inspirar nuestra espiritualidad de vida con Dios y entre nosotros: César Chávez, Dolores Huerta, el Arzobispo Romero, Dorothy Day, Hermana Norma, Rubén García, el Obispo Seitz, Dylan Corbett, y los miles más que diariamente cuidan de las comunidades migrantes en nuestra región fronteriza. Ellos animan nuestro compromiso de tomar posición sabiendo que nuestras luchas por la justicia están directamente conectadas con el bienestar y el destino de toda América. Ellos son los verdaderos portadores del legado de Jesús, los testigos de la cercanía amorosa de Dios.

A los migrantes les decimos: "Estamos con ustedes." Su llegada es una ola de bendición para nosotros. Su presencia crea un espacio sagrado para que descubramos cómo vivir nuestra fe en fidelidad a Jesucristo y experimentemos la cercanía de su amor por nosotros.

Ya dentro de las luchas a las que nos enfrentamos, también podemos proclamar que la victoria es nuestra para celebrarla. Confío plenamente en que venceremos en la reforma migratoria. ¡Ganaremos! La esperanza corre por nuestras venas y la causa de la reforma perdura en nuestros corazones. A quienes se interponen en nuestra labor de reforma migratoria, les recordamos que la historia está del lado de la justicia. ¡Ganaremos!

Ganaremos. Hemos marchado demasiadas millas, luchado demasiadas batallas, derramado demasiada sangre, recibido demasiados golpes, llorado demasiadas lágrimas; pero esto nos ha hecho más fuertes y más apasionados para hacer lo que sea necesario. Jesús está en nuestra frontera trayéndonos nueva vida. Así pues, este es nuestro momento para abrazarlo, defenderlo y movilizarnos por él. Entonces, con los pobres, los migrantes y los refugiados podremos celebrar que nuestro futuro será la victoria de la justicia, la esperanza, el amor y la paz.

Permítanme concluir con las proféticas palabras del Papa Francisco en su carta a los obispos estadounidenses sobre la inmigración:

“Exhorto a todos los fieles de la Iglesia católica, y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, a no ceder ante las narrativas que discriminan y hacen sufrir innecesariamente a nuestros hermanos migrantes y refugiados. Con caridad y claridad todos estamos llamados a vivir en solidaridad y fraternidad, a construir puentes que nos acerquen cada vez más, a evitar muros de ignominia, y a aprender a dar la vida como Jesucristo la ofrendó, para la salvación de todos.

Pidamos a la Santísima Virgen María de Guadalupe que proteja a las personas y a las familias que viven con temor o con dolor la migración y/o la deportación. Que la Virgen morena, que supo reconciliar a los pueblos cuando estaban enemistados, nos conceda a todos reencontrarnos como hermanos, al interior de su abrazo, y dar así un paso adelante en la construcción de una sociedad más fraterna, incluyente y respetuosa de la dignidad de todos.”²⁹

²⁹ Papa Francisco, *Carta a los obispos de los Estados Unidos de América* (10 de febrero de 2025).

La migración y la iglesia en Canadá: Desafíos, oportunidades y respuestas

Mons. Noël Simard, Obispo emerito de Valleyfield

La Conferencia Episcopal Canadiense (CCCB) está compuesta por 70 miembros de pleno derecho y 70 miembros eméritos, y cuenta con Comisiones Episcopales y Comités Permanentes, así como con el Consejo Católico Aborigen Canadiense. Las Comisiones y los Comités Permanentes se ocupan de áreas pastorales específicas que, según los obispos, requieren atención. Las Comisiones y Comités Permanentes existen para responder a necesidades específicas de la Iglesia en Canadá.

En cuanto a los miembros, sólo los obispos pueden formar y presidir las Comisiones, mientras que las personas consagradas y los laicos con conocimientos específicos pueden formar parte de los Comités Permanentes, que, no obstante, están presididos por un obispo. El Consejo Aborigen Católico Canadiense, que incluye a obispos y representantes laicos aborígenes católicos, es el único órgano del CCCB que tiene como co-presidente a alguien que no sea obispo, en este caso un aborigen. Los miembros de cada Comisión y Comité Permanente, así como del Consejo Aborigen, son nombrados por el Consejo Permanente a propuesta del Comité Ejecutivo.

De las seis Comisiones, tres se denominan «nacionales» porque están formadas por obispos que representan a partes iguales a los sectores inglés y francés. Las otras tres se denominan «sectoriales» porque sirven exclusivamente a los sectores inglés o francés del CCCB.

La Iglesia canadiense también se compone de cuatro regiones. En primer lugar, está la región marítima, que se encuentra en la parte este de Canadá, cerca del océano Atlántico. La segunda región es Quebec, predominantemente francesa, que incluye una veintena de diócesis. Esta región también cuenta con una asamblea y personal para dirigir las actividades de la Asamblea des évêques du Québec, con especial atención a la promoción de la cultura francesa y francocanadiense. La tercera región es la más poblada, Ontario, que se encuentra en el centro de Canadá y cuenta actualmente con 15 millones de habitantes, si no más. Esta región también tiene un carácter predominantemente inglés, pero también hay un buen número de personas que hablan francés, y cada vez es más cosmopolita. Columbia Británica y los Territorios del Noroeste, y por supuesto también está la región inuit, que se ha convertido en una identidad política propia.

El rostro humano de la migración en Canadá

Canadá no es solo un destino final para muchos, sino un complejo mosaico de historias migratorias. Es tierra de nuevos comienzos, de pasos temporales y de travesías incompletas. Miles de personas cruzan sus fronteras cada año, cada una con su propio equipaje de esperanzas y heridas.

La Iglesia ha reconocido esta realidad cambiante y busca tender puentes, no sólo entre comunidades religiosas, sino también con la sociedad civil. Su misión va más allá de la acogida: aspira a crear una verdadera red de apoyo que responda a las necesidades específicas de cada situación migratoria.

El panorama migratorio canadiense se ha diversificado enormemente. Junto a las comunidades étnicas establecidas desde hace años, ahora se suman refugiados que huyen de la violencia, solicitantes de asilo en espera de respuestas, trabajadores temporales que sostienen industrias clave, y marinos que tocan puerto brevemente pero necesitan apoyo.

La Iglesia ha comprendido que su papel no es imponer soluciones, sino escuchar primero y construir después. Reconoce que cada migrante trae consigo un universo completo: conocimientos valiosos, tradiciones culturales, una espiritualidad que les ha sostenido en el camino. Pero también cargan con pérdidas dolorosas, traumas no sanados, duelos incompletos y sueños rotos que buscan ser reparados.



Para responder a este desafío, se han desarrollado iniciativas como:

- *Programas que ayudan a parroquias locales a conocer la realidad migratoria de su entorno;*
- *Talleres de formación para voluntarios sobre el proceso migratorio y técnicas de acompañamiento;*
- *Campañas radiofónicas contra la trata de personas;*
- *Colaboraciones con escuelas, empresas y centros de salud;*
- *Coordinación con consulados para facilitar trámites;*
- *Redes de trabajo con otras diócesis canadienses;*
- *Desarrollo de una pastoral intercultural inclusiva;*
- *Creación de una oficina nacional dedicada a la movilidad humana.*

Sin embargo, los desafíos que enfrentan los migrantes siguen siendo enormes:

- *Dificultades para acceder a servicios de salud, especialmente salud mental;*
- *Discriminación laboral que los condena a empleos mal pagados;*
- *Barreras para encontrar vivienda estable por discriminación o altos costos;*
- *Situaciones legales precarias que limitan su acceso a programas sociales;*
- *Vulnerabilidad ante redes de trata, fraude financiero y robo de identidad;*
- *Prejuicios y estereotipos que los marginan de la vida social y política.*

"Lo vio, se acercó y lo cuidó"

La encíclica *Laudato si'* nos recuerda una verdad fundamental: "Las cuestiones sociales se resuelven con redes comunitarias". Esta carta pastoral no es solo un documento; es una invitación a mirarnos al espejo. Nos hace preguntarnos: ¿Somos realmente comunidad? ¿Estamos caminando juntos o cada uno por su lado? En este mundo que parece perder su humanidad día tras día, ¿seguimos aferrados a viejas fórmulas o nos atrevemos a abrirnos a nuevas realidades?

No nos ofrece soluciones prefabricadas para pegar con cinta adhesiva. Nos presenta datos, historias reales, rostros con nombres. Nos desafía a enfrentar la migración con los ojos abiertos y la mente despierta. Palabras como "emergencia", "miedo", "indiferencia" y "oportunidad" dejan de ser abstractas y se convierten en experiencias cotidianas que tocan a nuestra puerta.

Esta carta pastoral nos invita a sentarnos juntos, a discutir, a debatir. No como individuos aislados sino como familia que comparte raíces y destino. Nos empuja a tomar una decisión valiente: abordar la migración no como un problema distante, sino como un desafío que nos involucra a todos.

En esencia, esta carta enciende una luz en nuestras comunidades. Nos inspira a pronunciar palabras y realizar gestos que hablen de fraternidad verdadera, de respeto profundo, de acogida

sincera. Todo orientado hacia el desarrollo completo de cada persona y la construcción de una justicia que no excluya a nadie.



No se trata de una solidaridad superficial que se queda en dar limosna. Es una invitación a caminar lado a lado, hombro con hombro. Y también nos da valor para denunciar, sin titubear, cualquier forma de exclusión, explotación o indiferencia hacia nuestros hermanos migrantes.

Nuestro encuentro nos regala un espacio precioso para compartir informalmente entre diferentes oficinas sobre:

- *Actividades en marcha;*
- *Proyectos futuros;*
- *Realidades de las políticas migratorias;*
- *Obstáculos encontrados;*
- *Historias de éxito que inspiran.*

También nos permite crear momentos de formación donde pueden participar los agentes pastorales de distintas regiones y países.

Nunca olvidemos que los migrantes y refugiados no son sólo receptores pasivos; son participantes activos en la vida de la iglesia y de la sociedad. En una iglesia que abre sus brazos, los inmigrantes son verdadera bendición y semilla de renovación.



Introducción: Un llamado al acompañamiento profético

Emprendamos un camino hoy, respondiendo a la invitación del Espíritu Santo a redescubrir una dimensión específica de la misión profética de la Iglesia: una misión que escucha a los desatendidos, infunde esperanza en la desesperación y acompaña a cada migrante en su recorrido hacia la dignidad y la transformación. La Iglesia, inspirada por la huida de la Sagrada Familia hacia lo desconocido y por las innumerables narraciones bíblicas sobre la migración, nos llama a alzar la voz como defensores de la justicia y portadores del Evangelio. En *Fratelli tutti*, como en el conjunto de su pontificado, el Papa Francisco nos ha marcado la pauta.

No se trata de un acto de caridad realizado a distancia; es una invitación a conectar con cada persona como imagen de Dios, afirmando su valor inalienable.

Al reflexionar sobre las vidas de Abraham, Jacob, José, Moisés, Rut y las primeras comunidades cristianas, también vemos nuestro tiempo escrito en las historias de nuestros hermanos y hermanas. Sus caminos resuenan tanto con esperanza como con tragedia. Hoy escuchamos estos ecos mientras la Iglesia nos llama a acompañar a quienes migran, con el mismo amor y urgencia profética que ha marcado la obra salvadora de Dios a lo largo de los siglos.

El camino bíblico: El salto de fe confiado de Abraham

La migración de Abraham desde Ur a la Tierra Prometida es una historia fundamental de fe y obediencia.

Llamado a dejar atrás todo lo familiar, abrazó un futuro incierto con una firme confianza en la promesa de Dios. Su viaje no se trató simplemente de cambiar de ubicación; fue una profunda migración espiritual hacia un destino arraigado en la esperanza divina.

Esta historia nos invita a encontrar la valentía necesaria para adentrarse en lo desconocido. Al igual que Abraham, muchos migrantes dejan atrás lo familiar en busca de seguridad, oportunidades y un futuro mejor. El Evangelio, al proclamar la esperanza, se convierte en una luz en la oscuridad de la incertidumbre. Cada paso dado con fe refleja el llamado profético a confiar en un Dios que redime incluso a los más vulnerables en sus caminos.

Sin embargo, en medio de nuestra labor pastoral, el costo humano de la indiferencia sigue siendo dolorosamente real. Consideremos la desgarradora historia de una joven que, víctima de

la amenaza de sus compañeros de clase de revelar su situación irregular que sufría su familia, experimentó un aislamiento abrumador.

Acosada y humillada por algo tan intrínseco como sus lazos familiares, tuvo un final trágico al tomar su propia vida. Su pérdida habla de la vulnerabilidad de aquellos a quienes servimos y nos desafía a reemplazar el silencio con acciones compasivas.

Migración como transformación: La lucha y la renovación de Jacob

El camino de Jacob, quien huyó de su hermano Esaú y tuvo encuentros divinos camino a Jarán, nos recuerda que la migración es a menudo un proceso de transformación. La lucha de Jacob, que culminó en una batalla que duró toda una noche y que lo transformó para siempre y lo llamó Israel, ilustra cómo el viaje en sí mismo puede ser un crisol para la renovación espiritual. Su experiencia encarna la idea de que cada migración, cada prueba y cada lucha puede conducir a una identidad más honda y a un encuentro más profundo con Dios.

En nuestro contexto moderno, la migración no está menos cargada de conflicto y transformación interna. La dolorosa experiencia de una familia en su viaje para reunirse con sus seres queridos en México pone de relieve esta realidad. Mientras viajaban juntos con su recién nacido, la familia vivió una pesadilla en un supermercado, un momento que destruyó sus esperanzas y los expuso a la brutal realidad de la explotación y la pérdida. Les robaron a su bebé. En un momento de frenética consciencia en la frontera, el llanto angustiado de la madre reveló que el hijo que anhelaba proteger se había perdido irremediablemente. Una mujer anciana llevaba al bebé muerto, relleno de droga. Esta tragedia, un duro recordatorio del costo humano inherente a la historia de cada migrante, nos llama a dar testimonio del sufrimiento y a abogar por un sistema que realmente proteja a los vulnerables.

La transformación de Jacob nos enseña que la lucha puede conducir a una identidad renovada: un camino que profundiza la fe e invita a la intervención de Dios. Es nuestro deber como líderes de la Iglesia acompañar a cada persona en este camino transformador, ofreciendo atención pastoral y apoyo estructural para garantizar que las dificultades que soportan se afronten con compasión y una integración efectiva.

De la adversidad a la liberación: José, el Éxodo y la promesa de redención

La vida de José, también en el libro del Génesis, marcada por la traición, la esclavitud y su eventual redención en Egipto, es un poderoso testimonio de cómo el sufrimiento personal puede tener un propósito salvífico más amplio.

Su viaje, entrelazado con la historia del Éxodo, nos recuerda que la migración, aunque a menudo forzada y llena de dificultades, puede ser el canal a través del cual Dios prepara la salvación para muchos. Cuando azotó la hambruna, la presencia de José en Egipto le permitió salvar no solo a

su familia, sino a toda una nación, simbolizando que de la gran adversidad puede surgir la liberación divina.

En nuestro ministerio actual, los dolorosos viajes de quienes huyen de la violencia y la persecución a menudo reflejan estas narrativas bíblicas. Un encuentro en un Centro de Bienvenida de Caridades Católicas en San Antonio ejemplifica la realidad moderna de la migración desesperada. Conocí a una mujer venezolana cuya vida había sido destrozada por la crueldad. Fue presionada por fuerzas peligrosas en su tierra natal y sometida a abusos inimaginables durante su huida de meses por México. En un solo día fue abusada sexualmente siete veces y quedó embarazada.

Meses después, lo arriesgó todo para proteger a su hija recién nacida. Su cruce de un río traicionero, donde el agua amenazó con engullirla a ella y a su frágil esperanza, evoca las antiguas pruebas que enfrentan quienes viajan hacia una tierra prometida de seguridad. Su determinación —y las cicatrices que llevan ella y su hija— nos recuerdan que cada migrante lleva consigo una historia de resiliencia en medio de las tormentas de la injusticia.

Tanto la narrativa de José como la experiencia de la mujer venezolana nos impulsan a comprender que la migración no es un simple movimiento de cuerpos, sino un viaje del espíritu: una peregrinación hacia la redención que Dios realiza incluso a través del sufrimiento. La transformación que comienza con la desesperación puede conducir a la esperanza si nosotros, como Iglesia profética, participamos activamente en el acompañamiento de los necesitados.

Abrazando la voz profética: La integración como misión compartida

La tradición profética de las Escrituras nos enseña que toda profecía proclama el Evangelio: un mensaje de esperanza, justicia y reconciliación. La Iglesia siempre ha abrazado este mandato, extendiendo la mano a los marginados y ofreciendo el amor transformador de Cristo. Hoy en día, el Papa Francisco ha sido un incansable defensor de una Iglesia que no solo acoge a los migrantes, sino que trabaja activamente por integrarlos en la sociedad. Su histórico viaje a Lampedusa, un lugar donde innumerables vidas se pierden en el mar, fue un llamado a enfrentar la “globalización de la indiferencia” con compasión radical.

El llamado del Papa Francisco a una respuesta cuádruple —acoger, proteger, promover e integrar a migrantes y refugiados— nos recuerda que nuestra responsabilidad va mucho más allá de la mera ayuda humanitaria.

Esta visión exige que construyamos puentes entre culturas, apoyemos reformas estructurales en las políticas migratorias y trabajemos por una sociedad donde cada individuo tenga la posibilidad de alcanzar plena ciudadanía e igual reconocimiento de su dignidad. La integración no es un acto de caridad; es un imperativo moral arraigado en el reconocimiento de que nuestras comunidades también se ven moldeadas por la migración. Muchos de nosotros somos

inmigrantes o descendientes de inmigrantes, y nuestra herencia cultural se enriquece gracias a su diversidad.

El doloroso recuerdo de otra tragedia refuerza la urgencia de esta misión. El 27 de junio de 2022, el hallazgo de 53 migrantes fallecidos dentro y alrededor de un camión con remolque cerca de la base aérea Lackland en San Antonio fue un recordatorio devastador de lo que sucede cuando nuestra sociedad no protege a los vulnerables.

Al visitar hospitales y reunirme con sobrevivientes, presencié de primera mano el dolor persistente y la profunda pérdida que experimentan las familias. Cada una de esas vidas —perdidas por la explotación, el abandono y las fallas sistémicas— nos llama a actuar con un compromiso inquebrantable. Su silencio es un desafío a nuestra conciencia colectiva: ¿Cómo podemos, como portadores del Evangelio, permitir que persista tal indiferencia?

La voz profética de nuestra Iglesia debe hacerse eco del clamor: “¿Dónde está tu hermano?”, una súplica que nos confronta con las consecuencias de ignorar la difícil situación de los migrantes. Esta voz debe resonar en cada ministerio, en cada discusión política y en cada oración que elevamos en favor de quienes sufren en silencio.



El poder transformador de la integración: Una visión arraigada en la solidaridad

La integración, tal como la concibe la Iglesia y el Papa Francisco, va más allá de brindar refugio o alivio temporal. Se trata de crear comunidades donde los migrantes no sean vistos como forasteros, sino como contribuyentes integrales al bien común. A medida que los inmigrantes aportan nuevos talentos, perspectivas y riqueza cultural, transforman la sociedad y revitalizan el espíritu de comunidad. Este proceso transformador es tanto práctico como espiritual: nos llama a conectar con la persona en su totalidad, atendiendo sus necesidades físicas y nutriendo su alma. Inspirándonos en las historias bíblicas de migración, entendemos que cada viaje conlleva un propósito sagrado.

La migración de los Reyes Magos, que cruzaron desiertos y fronteras para honrar al Rey recién nacido, ejemplifica un movimiento hacia una verdad superior que trasciende las divisiones nacionales y étnicas. Su viaje es un modelo de cómo la fe puede unir a pueblos diversos en una búsqueda común de sentido y redención.

Nuestra responsabilidad colectiva es garantizar que el proceso de integración no sea fragmentado. Debe ser un compromiso integral que incluya la educación, la inserción laboral, la seguridad personal y el reconocimiento de la plena ciudadanía. Para poder abogar eficazmente por el derecho de otros a la ciudadanía plena, todos tenemos que asumir plenamente nuestras obligaciones ciudadanas. Este enfoque es esencial si queremos superar un sistema migratorio fallido que deja a muchos marginados. Para ello, debemos escuchar las lecciones de los profetas que enseñan que el verdadero sacrificio es la ofrenda de un corazón quebrantado y contrito, un corazón que late en solidaridad con el prójimo.

La larga trayectoria de acompañamiento de la Iglesia —a través de sus albergues, sus servicios sociales y su inquebrantable defensa de la justicia— nos recuerda que nuestra misión no es nueva. Estamos llamados a emular el espíritu de Santa María de Guadalupe y San Juan Diego, quienes encarnaron la fe y la aceptación. Su historia nos recuerda que cada encuentro con el otro es un encuentro con Cristo. Esta perspectiva teológica nos desafía a derribar barreras y a ver a cada inmigrante no como una carga, sino como un portador de la gracia de Dios y un contribuyente a la vida comunitaria.

Abrazando la diversidad: nuestra herencia compartida como pueblo de inmigrantes

Una de las verdades más poderosas que sostenemos es que también somos un pueblo de inmigrantes.

Nuestra historia, nuestra cultura y nuestra propia identidad están entrelazadas con los hilos de la migración. Ya sea a través de los descendientes de quienes llegaron a esta tierra hace siglos o a través de los recién llegados que aportan nuevos matices a nuestro mosaico cultural, la historia de cada persona contribuye al rico entramado de nuestra identidad nacional y eclesial.

Nuestros esfuerzos deben honrar y reflejar el amor gratuito que Dios nos ha mostrado a lo largo de la historia de la salvación. Al abrazar la diversidad, también afirmamos la naturaleza universal del Evangelio, que trasciende fronteras y une a personas de todas las naciones y orígenes. Al acoger y acompañar a los migrantes, permitimos que el Espíritu Santo renueve nuestras vidas y fortalezca nuestro compromiso con la justicia. Este proceso dinámico nos llama a ser arquitectos y participantes de una sociedad nueva e inclusiva, en la que todos tengan la oportunidad de prosperar.

El sacrificio espiritual del acompañamiento: un modelo de misericordia y justicia

Los profetas de la antigüedad nos recuerdan que los actos externos de sacrificio deben arraigarse en un compromiso interno con el amor y la misericordia. Jesús mismo se hizo eco de esta verdad cuando enseñó que lo que Dios desea es misericordia, no mero sacrificio. En nuestro ministerio con los migrantes, se nos invita a hacer de nuestras vidas un sacrificio vivo: una ofrenda total de nosotros mismos al servicio de los demás, reflejando el sacrificio redentor de Cristo en la cruz.

Este sacrificio espiritual se evidencia en cada paso que damos para acompañar a los migrantes en sus viajes. Es en los actos cotidianos de bondad, compartir una comida, brindar alojamiento y defender la justicia, que se proclama el Evangelio.

Cada acto, por pequeño que sea, contribuye a la creación de una sociedad más justa y compasiva. Estamos llamados a ser, como dicen las Escrituras, un espíritu quebrantado que se levanta en empatía y solidaridad con los que sufren.

Nuestra misión profética exige que rechacemos cualquier forma de indiferencia que reduzca a los migrantes a meras estadísticas u obstáculos que gestionar. En cambio, debemos verlos como portadores de esperanza y testigos del poder transformador del amor de Dios. Al hacerlo, cumplimos nuestra propia vocación como discípulos que no se conforman con ser observadores pasivos, sino que son participantes activos en el plan divino de salvación.

Una visión para el futuro: Construyendo comunidades de ciudadanía inclusiva

El enfoque cuádruple del Papa Francisco —acoger, proteger, promover e integrar— ofrece un marco sólido para reimaginar nuestro sistema migratorio. Nos desafía a pensar más allá de las soluciones a corto plazo y a adoptar una visión donde a cada migrante se le conceda el camino a la plena ciudadanía y la igualdad en el irrestricto respeto a sus derechos humanos. Esta visión se basa en la comprensión de que la integración es un camino hacia la construcción de comunidades que se enriquecen con la diversidad y se fortalecen con el apoyo mutuo.



Debemos abogar por medidas prácticas que simplifiquen los trámites de visa, establezcan programas de auspicio y abran corredores humanitarios. Al mismo tiempo, debemos garantizar que los migrantes tengan acceso a una vivienda digna, educación y protección legal. Estas políticas no solo mejoran la vida de las personas, sino que también fomentan un sentido de pertenencia compartida y responsabilidad colectiva.

Esta visión también nos llama a recordar que la transformación de nuestra sociedad es un proceso que involucra a cada persona. Así como los primeros cristianos, dispersos por todas partes, se convirtieron en portadores del Evangelio, también la integración de los migrantes conduce al florecimiento de una comunidad diversa y dinámica. Cada recién llegado es un don: un recordatorio de que la gracia de Dios no se limita a las fronteras, sino que se extiende a todos los rincones de la tierra.

Nuestra herencia como pueblo inmigrante nos recuerda que la diversidad es nuestra fortaleza. Al acoger a los migrantes, acogemos la esencia misma de lo que ha hecho a nuestras comunidades vibrantes y resilientes. Debemos estar atentos a cualquier discurso que los reduzca a una carga económica o los etiquete como forasteros o delincuentes.

En cambio, reconozcamos y celebremos las invaluable contribuciones que aportan los migrantes: contribuciones que enriquecen nuestra cultura, dinamizan nuestra economía y profundizan nuestra vida espiritual.

Conclusión: Respondiendo al llamado con valentía y compasión

Al reflexionar sobre las profundas lecciones de la migración bíblica, las perspectivas proféticas de nuestra Iglesia y las desgarradoras historias que les he compartido hoy, recordamos que nuestra misión es urgente y eterna. El viaje de la Sagrada Familia, las luchas de Jacob y José, y el poder redentor del Éxodo apuntan a una verdad ineludible: Dios está presente en medio de la migración, transformando el exilio en esperanza y el sufrimiento en salvación.

Cada historia personal nos llama a la acción: desde la trágica pérdida de una joven vida hasta la desgarradora separación de una familia, desde las lacerantes experiencias de quienes huyen de la violencia hasta el crudo recordatorio de la negligencia sistémica. Nos instan a oponernos a la indiferencia y a encarnar una fe profética que no rehúye las dolorosas realidades de nuestro tiempo. La misión profética que hemos recibido en el bautismo implica ser astutos como serpientes, aunque también sencillos como palomas (cf. Mt 10, 16). Nos obliga a superar nuestras propias fobias y aficiones personales en aras de saber escuchar a todas las partes y ser comunicadores de perspectivas realistas, más allá de optimismos y pesimismo ingenuos en un océano de “fake news”.

Como líderes de la Iglesia Católica, ustedes son portadores de una tradición que siempre ha estado del lado de los oprimidos y marginados.

Están llamados a ser compañeros en el camino de quienes migran, no sólo como proveedores de alivio temporal, sino como agentes activos de integración y transformación. Al hacerlo, participan en la narrativa continua de la redención universal de Dios, donde la historia de cada migrante es un testimonio de la gracia divina.

Comprometámonos con una Iglesia que escucha el clamor de quienes sufren, que acoge con los brazos abiertos y que trabaja incansablemente por la justicia y la inclusión. En el espíritu de los profetas, a la luz del Evangelio y reflejando nuestra herencia compartida como pueblo inmigrante, construyamos juntos comunidades donde cada persona sea valorada, cada cultura celebrada y cada camino honrado.

Que nuestras acciones sean la voz de la esperanza que se eleve por encima de la “globalización de la indiferencia”, y que nuestros ministerios sean testimonios vivos del llamado profético: “¿Dónde está tu hermano?”.

Que esta pregunta nos guíe en cada decisión y cada oración mientras acompañamos a quienes migran en su camino hacia una vida más plena y digna a la luz de Cristo.

Al abrazar esta misión profética, no sólo servimos; transformamos. A través de nuestra solidaridad, nuestra defensa y nuestro amor, nos convertimos en instrumentos de la promesa divina: una promesa de que cada camino, por doloroso que sea, está bajo el tierno cuidado de un Dios compasivo.

Inspirados por las historias intemporales de nuestra fe, en particular el camino de San Juan Diego, dejémonos guiar por Nuestra Señora de Guadalupe para avanzar con un compromiso renovado y por los testimonios de la vida real que nos impulsan a la acción. La Iglesia es un faro profético para quienes transitan de la oscuridad a la luz.

Que en solidaridad con la comunidad migrante, demos testimonio del poder transformador del Evangelio y construyamos un futuro donde prevalezcan la justicia, la dignidad y la esperanza para cada ser humano.



“Lo vio, se acercó y lo cuidó”

Mons. John C. Wester, Arzobispo de Santa Fe

Introducción

En este día, compartiré algunas reflexiones personales sobre lo que fundamenta mi ministerio con las personas migrantes, mi labor de incidencia por ellas y mi atención a los que vienen a nosotros buscando un lugar al que llamar hogar. Espero que mis pocas observaciones resuenen con su propio compromiso de acompañar pastoralmente a nuestros hermanos y hermanas inmigrantes y nos recuerden a todos el mandato de Cristo de lavarnos los pies unos a otros, es decir, de ser un Pueblo Eucarístico.

Episodio de Salt Lake City

Cuando era obispo de Salt Lake City, una visitante me preguntó por qué la Iglesia católica apoyaba tanto a los inmigrantes cuando estaban quitando puestos de trabajo a nuestros ciudadanos y beneficiándose de nuestro sistema médico sin pagar por él. Como formaba parte de la Comisión de Migración tenía muchos datos que aportarle. Le expliqué que, de hecho, los inmigrantes ayudaban a la economía y al mercado laboral. Le sugerí que se conectara con Justicia para los Inmigrantes de la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos (USCCB) y aprendiera cómo los inmigrantes aportan dinero al sistema médico para servicios que a menudo no reciben, con un déficit ese año, si no recuerdo mal, de unos cinco mil millones de dólares.

Ella me escuchó atentamente y luego dijo: "Sí, pero ¿por qué la Iglesia católica apoya tanto a los inmigrantes cuando están quitando puestos de trabajo a nuestros ciudadanos y beneficiándose de nuestro sistema médico sin pagar por él?" ¡Creo que realmente no me escuchó! Entonces estuve tentado de decir, como diría mi amigo el difunto AB Niederauer: "Bueno, señora, me gustaría estar de acuerdo con usted, ¡pero entonces ambos estaríamos equivocados!"

Este breve encuentro pone de manifiesto varios hechos clave, uno de los cuales es que todos vemos la migración a través de una lente particular que tiñe nuestra perspectiva, nuestra comprensión y nuestras actitudes hacia quienes llegan a nuestras costas. Me impresionó la importancia de comprender esas perspectivas si queremos mantener una conversación fructífera sobre el tema.

Perspectivas de la migración

Son muchas las perspectivas que la gente trae a este controvertido y muy politizado tema de la migración: 1. Legal (de ahí el odioso término "extranjero ilegal"); 2. Miedo; 3. Utilitario ("necesito

trabajadores en mis campos"), 4. Racista; y 5. sí, nuestra perspectiva como cristianos: "¡en cuanto lo hicisteis a uno de estos hermanos míos, aun a los más pequeños, a mí lo hicisteis!".

Me hizo pensar: ¿cuál es mi perspectiva? ¿Por qué me implico? ¿Por qué me molesto en ver, acercarme y cuidar? En otras palabras, ¿qué fundamenta mi ministerio, mi incidencia y mi preocupación por los inmigrantes en nuestro país y más allá? ¿Cuál es la lente a través de la cual veo este tema tan controvertido?

Permítanme mencionar sólo algunas perspectivas que fundamentan mi ministerio con los inmigrantes, con la esperanza de recordarnos a todos por qué hacemos lo que hacemos cuando se trata de la inmigración. Pero antes de entrar en las cuestiones propiamente ministeriales que rodean a la inmigración, creo que es importante mencionar brevemente los elementos que fundamentan ese ministerio.

Inmigración y Escritura

La primera es la Escritura. A lo largo de toda la Escritura, vemos el tema central de las Relaciones Correctas, que culminan en Jesucristo, que vino a restaurar toda la creación, a todos nosotros, en una Relación Correcta con Dios y entre nosotros y con toda la creación. El difunto Walter Burghardt, SJ, lo dice muy bien:

“Los que leen en el texto sagrado una moral puramente personal e individualista no han entendido la Torá, no han cantado los Salmos, no se han quemado con los profetas, no han percibido las implicaciones y el peso mismo del mensaje de Jesús, e inevitablemente deben jugar al despiste con San Pablo. El enfoque social del Libro de Dios es evidente desde la primera página; el canto de la creación es su obertura. Nuestro Dios increíblemente imaginativo no tenía en mente unidades aisladas, entidades autónomas... Dios tenía en mente un pueblo, una familia humana, una comunidad de personas, un cuerpo genuinamente uno”.

En la Escritura vemos que somos uno: que el pecado nos fragmenta y la gracia nos une. Todos somos hijos de Dios, reunidos por su Hijo, y llamados a cuidarnos los unos a los otros, especialmente a los pobres y vulnerables, y especialmente a los que están en movimiento, escapando de la persecución política, económica, moral y sistémica.

Las referencias bíblicas abundan. El Papa Francisco ciertamente puso la parábola del Buen Samaritano a la cabeza de la lista, junto con tantos otros ejemplos: Levítico 19:33-34 (No oprimir al extranjero) y Éxodo 22:21 (Ama al extranjero como a ti mismo); Hebreos 13:2 (No descuides la hospitalidad con los extranjeros) y, por supuesto, Mateo 25.

Inmigración y teología

Nuestra teología apunta a un ministerio lleno de vida con los inmigrantes. En realidad es muy sencillo, me parece a mí. Dios es Amor, como nos dice San Juan. Una Trinidad de Persona, que vive en comunión y crea comunión constantemente. Estamos hechos a imagen y semejanza de Dios y, por tanto, somos comunales por naturaleza. Todos somos hijos de Dios, hermanos y hermanas. El Padre Dan Groody, CSC, escribe maravillosamente sobre esto cuando reflexiona sobre cómo somos el Imago Dei.

Además, fuimos creados por, con y en el Verbo, la Segunda Persona de la Trinidad, y redimidos por el mismo Verbo que se hizo carne y nos redimió a nosotros y a toda la creación. En Cristo, todos somos uno, una unidad simbolizada especialmente por el Cuerpo de Cristo, la unidad de todos los bautizados

John Shea, en su libro *La sabiduría espiritual de los Evangelios para predicadores y maestros cristianos*, refleja bien esta verdad: “por tanto, salvar a las personas de sus pecados es traerlos de vuelta de la separación con la comunión, conectarlos directamente a Dios, a los demás y consigo mismos”. Esta es la oferta de Jesús a los dirigentes religiosos de su tiempo. Su conciencia liberadora y su comportamiento inclusivo son lo que necesitan. Jesús les pide que se relacionen con el Dios de todas las personas incluyendo a todas las personas.

Inmigración y espiritualidad

Señalo un tercer fundamento del ministerio de inmigración: la espiritualidad. Los numerosos caminos y tradiciones espirituales de la Iglesia católica sustentan la actitud cristiana hacia los inmigrantes. Por ejemplo, contemplemos la oración centrada. Aquí vemos una forma maravillosa de centrarnos en la unidad de toda la creación y especialmente de todas las personas, dictando así nuestra aceptación del otro entre nosotros.

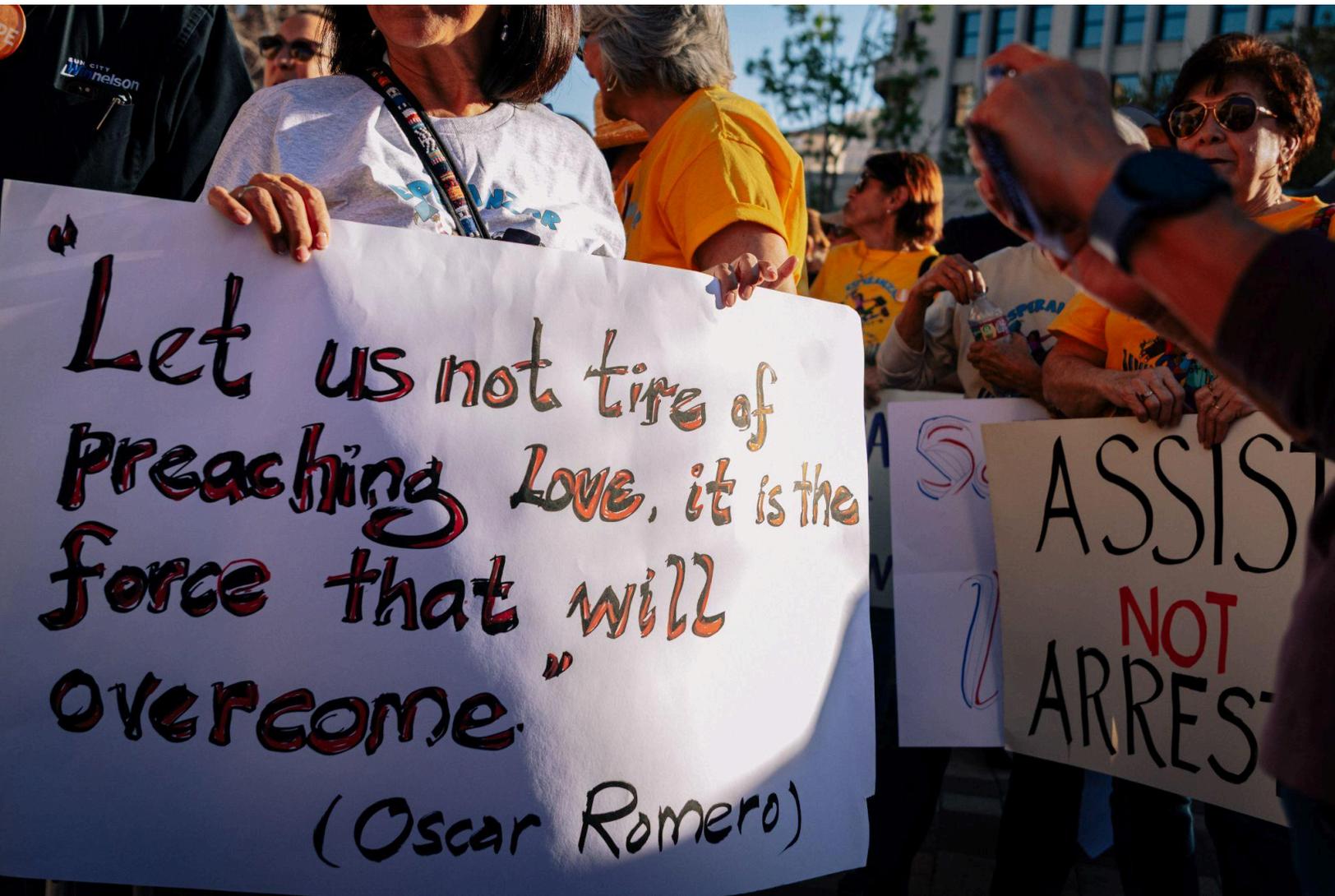
En su charla, *La Palabra hecha carne*, John Main explica cómo la meditación, la oración centrante, nos ayuda a llegar a comprender que cada uno de nosotros, es decir, cada ser humano vivo, está en una relación creativa con Dios a través de Cristo. Por lo tanto, la profundización de nuestro camino espiritual personal es más que personal: también participa de una responsabilidad para con toda la raza humana, ya que todos estamos en relación con Cristo y, por lo tanto, los unos con los otros. Continúa diciendo que cuanto más nos adentramos en este misterio de unidad, más verdaderamente humanos y humanizados nos volvemos al profundizar en nuestro compromiso con toda la humanidad.

Iconos

Pero me gustaría llevar todos estos “fundamentos” a un nivel más concreto en lo que se refiere a cómo ejercemos nuestro ministerio con y entre los inmigrantes. Para ello, me gustaría utilizar la

imagen del icono que el obispo Oscar Cantu utilizó recientemente al resumir nuestra conferencia de hace unas semanas en Nueva York, la conferencia "Way Forward" en la Universidad de Fordham. Esta fue la cuarta conferencia de este tipo de obispos, teólogos y medios de comunicación católicos para promover el ministerio petrino del Papa Francisco.

Mons. Cantú señaló ciertas características de los iconos que simbolizan cómo Dios se relaciona con nosotros y cómo estamos llamados a relacionarnos con Dios y entre nosotros. Se refirió a los a menudo exagerados ojos y orejas, el corazón, las manos y los pies que encontramos en los iconos.



A menudo se dibujan estos rasgos más grandes de lo habitual. Los ojos, por ejemplo, del santero en Santa Fe que dibuja figuras con "ojos suaves y soñadores". O un gran corazón en llamas, o manos que adoptan una determinada pose. El artista nos transmite un mensaje. Los ojos y los oídos de Jesús, tan atento a nosotros e invitándonos a responderle.

Su corazón que late con amor inefable por todos sus hermanos y hermanas, con los que es uno. Sus manos y sus pies que caminan con nosotros, trabajan con nosotros y nos bendicen en nuestro viaje por la vida.

Estos rasgos reflejan las relaciones correctas, la comunión, el cuidado mutuo y una forma de relacionarnos más allá de las fronteras, porque todos somos uno en un Dios sin fronteras. También captan la llamada del Papa Francisco al encuentro, el abrazo y el viaje de unos con otros. Y captan el tema de nuestra conferencia y de la carta pastoral de las conferencias episcopales de Norteamérica, México y Centroamérica: "Lo vio, se acercó y lo cuidó".

Es con los ojos y los oídos grandes de Jesús que encontramos al inmigrante, es con el corazón de Jesús que abrazamos al inmigrante, y es con las manos y los pies de Jesús que caminamos con el inmigrante. Esta perspectiva sustenta nuestro ministerio con el inmigrante, una perspectiva que contrasta fuertemente con las que ven a los inmigrantes como una amenaza, un motivo de miedo, alguien a quien hay que dar la espalda antes de que dañe nuestro modo de vida.

Quisiera ofrecer aquí algunos elementos esenciales de una pastoral con los inmigrantes, tal como yo la he vivido en los últimos veinte años.

Ministerio de encuentro

El ministerio con las personas inmigrantes es un ministerio de encuentro. Con los ojos y los oídos de Jesús, estamos llamados a ver a los inmigrantes como realmente son: hijos de Dios y hermanos nuestros, y a encontrarnos con ellos en su nueva situación. Sin embargo, tan a menudo se les demoniza y deshumaniza, como suele ocurrir cuando una sociedad experimenta problemas internos.

Palabras como tsunami, hordas o infección se utilizan para dar a entender que los inmigrantes son desastres y plagas. Hace años leí algunas entrevistas a inmigrantes. Escuchen lo que tenían que decir:

"Sólo queremos ser humanos, y nos tratan como si fuéramos animales", dijo María, que cruzó con un grupo de cuarenta personas. "O peor, ¡insectos!". "Cuando nos alejamos un poco más al norte de la frontera, pensamos que estábamos bien", dijo Juan, uno de los compañeros de viaje de María, "pero entonces llegó el helicóptero". "Empezaron a iluminarnos con su foco, y yo me quedé allí... asustado", añadió Mario. "Empezaron a tocar la canción La Cucaracha [por el interfono del helicóptero]. Nos sentimos terriblemente insultados", continuó. "Nos sentíamos peor que cucarachas... como si nos pisaran de verdad...", dijo Margarita. "Me volví a caer y me dieron dos o tres patadas. Pensé que me quería morir", añadió María. "No, Dios mío", rezó, "he pasado por tantos sacrificios para llegar hasta aquí... Sólo le pedí a Dios que estuviéramos bien, que no nos hicieran más daño, que no nos enviaran de vuelta al lugar de donde venimos."

Como ustedes saben, los inmigrantes en nuestro país son acusados de ser asesinos, violadores, criminales cuando en realidad está más probado que son un grupo más respetuoso de la ley que aquellos con los que ahora viven aquí. Por lo tanto, al acompañar pastoralmente a los inmigrantes, debemos encontrarlos con los ojos y los oídos de Jesús. Es importante afirmar su dignidad, verlos como hermanos y hermanas, reconocer su dignidad y su valor. Los reconocemos con el corazón de Jesús y caminando con ellos con las manos y los pies de Jesús, recordándoles que así como Jesús prometió estar con nosotros hasta el fin del mundo, así estaremos con ellos en su camino.

Ministerio de incidencia

Atendemos a los inmigrantes abogando por ellos. Recuerdo entonces otra charla en la que daba estadísticas sobre cómo los inmigrantes aportan más al sistema sanitario de lo que reciben, cómo en realidad crean más puestos de trabajo en lugar de reducirlos, que mejoran la economía, etc. Al igual que la mujer que mencioné antes, nadie se lo creía.

Entonces, mi colega contó la historia de dos inmigrantes indocumentados que trabajaban para su familia: un cuidador y un jardinero. Habló de su familia, de su fe, de su compromiso con sus hijos, de su estilo de vida. En otras palabras, les puso rostro humano. El público cambió notablemente, su actitud se suavizó. No sé si se quedaron convencidos, pero algo cambió. Sentí que empezaban a ver al inmigrante bajo una nueva luz.

Los estudios han demostrado que debemos cambiar los corazones para cambiar las mentes. Los datos, los estudios y las estadísticas no sirven. Debemos poner un rostro humano al inmigrante, especialmente hoy.

Me motiva el reto de poner un rostro humano a los inmigrantes, especialmente ante las viles y falsas acusaciones que se lanzan contra los inmigrantes en nuestro país, especialmente ahora. En la Archidiócesis de Santa Fe nos hemos unido a varias conferencias de prensa, protestas y peticiones para contrarrestar la amenaza de deportaciones masivas que se están llevando a cabo en nuestro país hoy en día.

Siempre recordaré la foto de un padre y su hijo, que yacían muertos, boca abajo en las aguas fangosas de las orillas del río Grande. Óscar Alberto Martínez Ramírez y su hija de 23 meses, Valeria. El brazo de ella colgaba sobre el cuello de él, la cabeza metida dentro de su camiseta. Un evento que nos persigue, aterrador. Trágico. Una acusación contundente sobre lo que el Papa Francisco llama la cultura de la indiferencia. Es esta imagen la que mantiene viva la necesidad de que todos abogemos por el inmigrante, especialmente porque hoy en día no les da un lugar, una voz, en nuestro país.

Ministerio del corazón

Quizá lo más importante sea que el ministerio con los inmigrantes es una cuestión de corazón. Creo que el ministerio con los inmigrantes me llama, nos llama, a abrazar, a amar al inmigrante. El corazón de Cristo se revela cuando abrazamos a nuestros hermanos y hermanas con amor.

Recuerdo cuando trabajaba como taxista en mis años jóvenes en San Francisco, en el Fillmore. Después de dejar a unos pasajeros, una pareja afroamericana me invitó amablemente a su restaurante. Yo era el único blanco. Me aseguraron: "No te preocupes, estás con nosotros; eres nuestro invitado". Me acompañaron, me mostraban compasión, cariño.

Sólo puedo imaginar lo que debe ser para un inmigrante entrar en un restaurante, una escuela, una tienda, un hospital, preguntándose si a alguien le importa, si alguien tendrá corazón. No basta con hablar del inmigrante, ni siquiera con hablarle, por muy necesario que sea. Estamos llamados a comprometernos en un ministerio de cuidado y preocupación, que refleje el corazón de Cristo, para "acercarnos y cuidar."

Para mí, se trata de acoger al inmigrante en nuestras parroquias, brindarle hospitalidad y ayudarle a adaptarse a nuestra cultura y sociedad. Nuestra oficina de Caridades Católicas es especialmente eficaz en este sentido. Muchas de nuestras diócesis participan en programas de reasentamiento, búsqueda de empleo, vivienda y atención sanitaria. Me conmovió profundamente una feligresa de nuestra catedral, una señora mayor, que me propuso que ella podía alojar a una familia inmigrante que pudiera necesitar ayuda bajo la actual administración. Acompañó su ofrecimiento con una carta. Para mí, esto es tener corazón, preocuparse, abrazar. Es hacer presente el corazón de Cristo.

Ministerio de apoyo

Parte del cuidado del inmigrante es ofrecer ayuda práctica y apoyo, especialmente en tiempos como los nuestros. En la Archidiócesis de Santa Fe estamos trabajando estrechamente con El Centro de Igualdad y Derechos y Somos Un Pueblo Unido para ofrecer talleres a nuestro personal parroquial y del centro pastoral. Estos talleres explican cómo podemos capacitar a nuestros feligreses inmigrantes sobre cómo reaccionar si son confrontados por las autoridades, qué decir, qué no decir, cuáles son sus derechos.

Ministerio de política

Atender a los inmigrantes también significa que debemos involucrarnos en la política. No es algo que nos guste a la mayoría, pero es necesario. Como saben, los políticos miran las encuestas y las encuestas no suelen ser favorables a los inmigrantes. Hay excepciones. El congresista Bishop de Utah votó a favor de un proyecto de ley pro-inmigración, sabiendo que le haría perder su escaño. ¡Y así fue!

Recuerdo cuando solíamos debatir si debíamos aguantar para conseguir una Reforma Integral de la Inmigración que incluyera, entre otras cosas, una vía a la ciudadanía que al menos diera algún estatus en EE.UU., más autoridad para los jueces de inmigración, unidad familiar, causas raíz de la inmigración y la posibilidad de que los trabajadores temporeros volvieran a casa una vez terminada la temporada. O si deberíamos aceptar lo que nos dieran cuando nos lo dieran. Eso era antes. Ahora, no parece haber casi nada que siga el camino del inmigrante, integral o no. Aquellos fueron los días en que Ted Kennedy y John McCain estuvieron a punto de lograr una Reforma Integral de la Inmigración. El senador Hatch, de Utah, me dijo que les faltó un voto y perdieron un momento histórico que habría beneficiado a innumerables inmigrantes.

Todo se remonta a la incidencia, supongo. Recuerdo cuando el cardenal Wuerl y yo nos reunimos con la portavoz Nancy Pelosi. Ella nos dijo que si queríamos conseguir que los políticos votaran a favor del inmigrante, teníamos que conseguir que nuestra gente se subiera al carro. Tenía razón. Espero que USCCB responda aún con más firmeza a las draconianas y desacertadas políticas migratorias de la actual administración. Agradezco lo que ya se ha hecho, pero me parece que son necesarias más declaraciones e incluso más contundentes.



Ministerio de la doctrina social de la Iglesia

Gran parte de la pastoral de inmigración tiene que ver con la doctrina social de la Iglesia. En mi caso, me he interesado más por esta parte de la doctrina de la Iglesia para atender mejor a los inmigrantes y abogar por ellos.

La santidad de la vida humana y la dignidad de la persona humana se relacionan directamente con el inmigrante que huye de la persecución, la amenaza de muerte y otros desafíos que amenazan su vida. Ahora vemos familias que viven con miedo a ser separadas por deportaciones masivas, niños retenidos en centros de detención para adultos, personas que mueren en el desierto, inmigrantes que son objetivo de bandas, cárteles y traficantes de personas. Todos somos conscientes de las muchas formas en que no se respeta la santidad y la dignidad de la vida del inmigrante.

El derecho del trabajador y la dignidad del trabajo también forman parte de la doctrina social de la Iglesia y, de nuevo, el inmigrante no goza de esa dignidad cuando se violan sus derechos en el lugar de trabajo y no tiene ningún recurso por miedo a ser deportado. En Utah, recuerdo haber visitado una planta de procesamiento de pavos para ver las condiciones en las que trabajaban los inmigrantes. Trabajo repetitivo, aburrido, ruidoso, húmedo... no es un trabajo al que nadie se apuntaría a menos que estuviera desesperado.

Ciertamente, nuestra actual catástrofe migratoria no respeta el bien común. Tanto los inmigrantes como los ciudadanos sufren por las falsas narrativas que alimentan la actual política de inmigración. Los inmigrantes siguen sufriendo al no encontrar soluciones duraderas y nuestro país sufrirá al desaprovechar las múltiples formas en que los inmigrantes refuerzan nuestra economía, añaden valor a nuestra cultura y ocupan puestos de trabajo necesarios para que las empresas sigan funcionando.

Ministerio de oración

La oración es un elemento crítico para cualquier ministerio a favor de los inmigrantes en nuestro país. Me complace ver que parroquias de toda nuestra archidiócesis rezan por los inmigrantes y por aliviar su sufrimiento. Participé en una novena nacional de oración patrocinada por el Centro Bernardin de la Unión Teológica Católica de Chicago.

El ministerio petrino del Papa Francisco

El ministerio de la Iglesia hacia los migrantes ha sido moldeado en gran parte por el Papa Francisco y su incansable dedicación a aquellos que buscan un lugar al que llamar hogar. Fue evidente desde el principio, cuando celebró misa en Lampedusa, evidentemente en contra de los deseos de sus primeros asesores. Todos conocemos las muchas maneras en que ha llevado el ministerio con los migrantes a un nuevo nivel.

Me llaman la atención cuatro temas que Francisco cita a menudo y que son relevantes para el ministerio con los inmigrantes, temas que utiliza para describir la doctrina social de la Iglesia.

El tiempo es mayor que el espacio

La primera es que el tiempo es mayor que el espacio. Para mí, esto significa que debemos perseverar en nuestro ministerio de migración, que nunca debemos perder la paciencia. Podríamos abatirnos fácilmente al ver a la gente morir en su esfuerzo por encontrar un espacio que puedan llamar hogar. El espacio es limitado, pero el tiempo se desarrolla gradualmente e implica un proceso más que objetivos inmediatos.

En *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco afirma que "Este principio nos permite trabajar lenta pero firmemente sin obsesionarnos con resultados inmediatos." Con confianza en la providencia de Dios, avanzamos en nuestro ministerio con los migrantes confiando en que Dios nos guiará hacia el éxito final.

Las realidades son más grandes que las ideas

El Papa Francisco cree firmemente que las realidades son más importantes que las ideas. Considera que la compasión por los migrantes y los retos a los que se enfrentan son más importantes que las teorías y el pensamiento abstracto. Nuestro ministerio con los migrantes, al igual que nuestra teología, debe basarse en sus circunstancias concretas y hablar de su situación. Así pues, las palabras deben traducirse en hechos: lo que hacemos por el migrante es más importante que lo que decimos sobre él.

Me parece que con demasiada frecuencia caemos en el idealismo, mirando el mundo a través de nuestros paradigmas en lugar de reaccionar ante la realidad del momento. Por ejemplo, el gobierno puede establecer cuotas de inmigrantes, basándose en ideales, pero lo más importante es la realidad en la que se encuentran los inmigrantes a la que hay que responder. Sí, un gobierno tiene derecho a determinar cuotas como nación soberana, pero no es un derecho absoluto y debe mantenerse en tensión con las realidades a las que se enfrenta el migrante.

La unidad prevalece sobre el conflicto

En sus escritos y discursos, el Papa Francisco ha señalado que la unidad prevalece sobre el conflicto. No dice que evitemos el conflicto, sino que el conflicto sano conduce al diálogo que, inevitablemente, llevará a la unidad. Como se mencionaba al principio de este artículo, estamos hechos para ser comunitarios. Está en nuestra naturaleza: gravitamos hacia la unidad y vemos la belleza en la armonía.

Esto influye en la pastoral de la inmigración. No debemos huir de los conflictos que hoy vivimos en materia de inmigración. Al contrario, debemos escuchar, aprender y dialogar para lograr una reforma integral de la inmigración que nos acerque cada vez más a la unidad con nuestros hermanos y hermanas inmigrantes. Tenemos que confiar en que un diálogo honesto conduzca a

la ruptura de las barreras que hoy nos dividen en nuestro país. El diálogo está en el corazón del ministerio con los inmigrantes: diálogo especialmente con los líderes y los que tienen poder.

El todo es mayor que la parte

Este tema se refiere al ministerio con los migrantes de una manera poderosa. Implica que, como país, somos más fuertes, más grandes si se quiere, cuando nos unimos a nuestros migrantes en lugar de rechazarlos. En un contexto social, significa que una sociedad o comunidad es más fuerte cuando valora las contribuciones de todos sus miembros, incluidos los marginados, en lugar de centrarse en el poder o la importancia percibidos de determinados individuos o grupos.

Sabemos que los inmigrantes han hecho grande a este país: Albert Einstein, Nikola Tesla, Enrico Fermi, Carlos Santana, Henry Kissinger, Andrew Carnegie, Joseph Pulitzer, por nombrar algunos. Lo irónico es que quienes quieren "engrandecer América" mediante deportaciones masivas están haciendo exactamente lo contrario. En otras palabras, el todo es mayor que la suma de las partes.

Cuando acogemos al extranjero, somos mejores.

Ministerio de esperanza

Creo que nuestro ministerio con los migrantes es un ministerio de esperanza porque somos iconos vivientes de la presencia de Cristo en medio de ellos: los ojos y los oídos de Cristo que les ven como seres humanos preciosos con dignidad y valor; el corazón de Cristo que les acoge con compasión y amor; las manos y los pies de Cristo que les bendicen y caminan con ellos mientras encuentran un lugar al que llamar hogar. Esto es lo que significa *Ver, Acercarse y Cuidar*. El mensaje evangélico de las relaciones justas y de la comunión trinitaria anima nuestro ministerio con los migrantes y da esperanza a los que se encuentran en el camino.

Recuerdo que en uno de mis viajes con Caridades Católicas conocí a una mujer de Zimbabue. Había sido desplazada internamente y vivía en una choza de barro y paja de 1,5 metros cuadrados. No tenía mucho más que la ropa que llevaba puesta y algunos utensilios de cocina. Vio mi cruz pectoral, la cogió entre sus manos, la besó y empezó a bailar mientras cantaba con una amplia sonrisa en la cara. No tenía nada y lo tenía todo: tenía esperanza.

En eso consiste nuestro ministerio con los migrantes. Darles esperanza mientras nos aferramos a la esperanza de que un día acogeremos realmente al Forastero entre nosotros, cuando dejemos de ser Forasteros, Juntos en el Camino de la Esperanza.

Este camino, este ministerio, queda bien resumido en el último párrafo de la carta pastoral *Acercarnos*:

"A todos aquellos que son acogidos por nuestra Iglesia, en nuestras parroquias y a través de nuestros diversos servicios pastorales y sociales, les reafirmamos nuestro compromiso de servirles con ternura y de trabajar para curar las heridas que han acumulado. Sea cual sea su país de origen, lengua o religión, nuestros brazos están abiertos para acogerle. Sabemos que "el sueño de un futuro nuevo que impulsa a la gente a migrar refleja un anhelo de salvación que está presente en todas las personas, sea cual sea su raza o condición social. Estamos firmemente convencidos de que al dar la vida por ustedes la damos todo por Jesucristo".



Estrategias para responder a los retos pastorales de la política de inmigración estadounidense

Kevin Appleby, Center for Migration Studies

Política de aplicación de la ley de inmigración estadounidense: ¿Qué está ocurriendo?

Las políticas estadounidenses de aplicación de la ley de inmigración están cambiando rápidamente. La administración Trump está utilizando un enfoque de utilizar a todo el gobierno para la aplicación de la ley de inmigración, alistando al Servicio de Impuestos Internos, el Departamento de Estado, el Departamento de Defensa, la Oficina de Prisiones y la Agencia Antidrogas para implementar deportaciones masivas. Cualquier información sobre inmigrantes, tanto indocumentados como legales, se comparte con el Departamento de Seguridad Nacional, que dirige las deportaciones masivas.

Al mismo tiempo, la administración está presionando a los gobiernos estatales y locales para que cooperen con las deportaciones ayudando a detener a los inmigrantes, lo que obliga a la policía estatal y local a llevar a cabo controles de inmigración. Si no cooperan, estos gobiernos se pueden enfrentar a una reducción y directamente eliminación de los fondos federales que reciben.

A nivel internacional, la administración Trump está obligando a otros países a cooperar con la deportación amenazando con aranceles y otras sanciones si no reciben a sus nacionales o no intentan restringir el paso de inmigrantes por sus países. Por ejemplo, Colombia, Panamá, El Salvador, Honduras, India y México ya han recibido amenazas de la administración Trump. México también se ha visto obligado a interceptar migrantes y enviar tropas a su frontera compartida con Estados Unidos.

En este esquema no hay priorización de quién puede ser deportado: los inmigrantes que tienen la residencia permanente ("green cards") y otros inmigrantes legales están en la mira, así como cualquier inmigrante indocumentado, independientemente de sus antecedentes penal. Trump también está revocando el estatus legal de muchos grupos -haitianos, venezolanos, cubanos, nicaragüenses y posiblemente otros- y haciéndolos deportables. Además, el Departamento de Seguridad Nacional revocó una política que generalmente impedía redadas en espacios considerados "sensibles", y ahora puede llevar a cabo acciones de control migratorio en lugares de culto, disuadiendo a los migrantes de asistir a misa. Las escuelas y los hospitales también pueden ser objeto de redadas.

Para aquellos que son detenidos, la administración también ha ampliado la expulsión acelerada a todo el país. Esto significa que los inmigrantes pueden ser deportados rápidamente sin posibilidad de solicitar asilo. También se está utilizando una antigua ley llamada Ley de Enemigos

Extranjeros para deportar a venezolanos a El Salvador, alegando que son miembros de bandas y que están "en guerra" con Estados Unidos.

Además, la administración Trump ha emitido Órdenes Ejecutivas diseñadas para cerrar la frontera, denegar las solicitudes de asilo y cerrar el programa de refugiados de Estados Unidos. Se ha suspendido también la ayuda internacional.

Sin duda, estas políticas están diseñadas para crear miedo y aplastar cualquier oposición. Podríamos afirmar que es obra de una administración nacionalista blanca.

El Congreso, los Tribunales y el Cuarto Poder

Los otros poderes de EE.UU. tienen facultades de supervisión sobre el poder ejecutivo. Sin embargo, el Congreso está mostrando poca resistencia a sus políticas de inmigración. Un proyecto de presupuesto continuo que los miembros del Partido Demócrata apoyaron le proporcionó más de 400 millones de dólares para la aplicación de las leyes de inmigración a la administración. Otro proyecto de ley, llamado presupuesto de reconciliación, podría proporcionarle miles de millones para deportaciones. La oposición está buscando un líder y en estos momentos se encuentra desorganizada.

Mientras los tribunales responden con sentencias adecuadas, la administración está sobrepasando los límites del cumplimiento de sus sentencias, especialmente en materia de migración. Un tribunal bloqueó recientemente las deportaciones en virtud de la Ley de Enemigos Extranjeros, pero la administración Trump siguió deportando a venezolanos a El Salvador.

Los medios de comunicación han sido considerados tradicionalmente como el "cuarto poder", o un poder de supervisión informal. Sin embargo, los medios de comunicación están siendo atacados si discrepan con la administración. Los medios conservadores obtienen buenos índices de audiencia y las redes sociales conservadoras siguen superando a las más progresistas. Se ataca la libertad de expresión. Los opositores políticos, incluidos los palestinos, están siendo deportados sobre la base de su discurso político, mientras que los activistas de inmigración están en la mira. Por ejemplo, Jeanette Vizguerra, activista de inmigración desde hace mucho tiempo, incluso bajo la primera administración Trump, ha sido ahora detenida en Colorado.

Medios de oposición a las deportaciones masivas

Las deportaciones masivas no quedan sin respuesta y existen herramientas para oponerse a ellas. Las marchas, las vigiliadas, los actos en los medios de comunicación y compartir las historias de personas y familias deportadas injustamente son elementos importantes para cuestionar los discursos predominantes y dar forma a la opinión pública. Además, sumarse a las demandas legales que impugnan estas políticas crueles puede indicar que seguiremos resistiendo y que

apoyamos a las personas afectadas, muchas de las cuales son miembros de nuestras comunidades.

La incidencia es, en efecto, esencial, especialmente ante nuestros legisladores estatales y locales. Un aspecto temático clave sería limitar la financiación de las deportaciones en el Congreso y en las capitales estatales, abogando por una financiación que apoye a las comunidades locales en sus necesidades cotidianas. Limitar la financiación de las deportaciones limitaría necesariamente su alcance.

Para ello, como personas de fe, también debemos ir más allá de las coaliciones tradicionales y formar alianzas con un amplio abanico de actores. Eso puede significar asociarnos con empresas, organismos encargados de hacer cumplir la ley, funcionarios estatales y locales, o dirigentes de universidades, escuelas, hospitales e iglesias que se oponen a la supresión de la política de lugares sensibles, entre otros. Además, debemos recuperar la organización a la antigua usanza en las comunidades, incluidas nuestras parroquias, para educar a nuestros miembros y activarlos.



Retos para la Iglesia

La Iglesia se enfrenta a múltiples retos en el contexto actual. El primero se refiere a los recursos. Las diócesis andan escasas de dinero y les ha costado mucho financiar los esfuerzos para oponerse a las deportaciones masivas. En este sentido, hay una gran amenaza: la administración está tratando de alterar la doctrina social católica con respecto a las deportaciones, alegando que los obispos están interesados en el dinero (aparentemente del reasentamiento de refugiados, una idea que ha sido desacreditada) y que las deportaciones indiscriminadas están respaldadas por la teología católica. La carta del Papa Francisco a los obispos de EE.UU. refuta enérgicamente este argumento y aclara por qué las deportaciones masivas son incompatibles con la doctrina social de la Iglesia.

Aún así, existe una oposición organizada a la misión social de la Iglesia en los círculos republicanos, con ataques a Caridades Católicas y a las casas del migrante católicas en la frontera. Esto tiene el efecto de ponernos en una postura defensiva cuando necesitamos urgentemente ser proactivos. Sin embargo, esta oposición no es sólo externa, sino también interna. Una red bien financiada y coordinada de medios de comunicación, institutos, académicos y ciertas organizaciones dentro de la Iglesia se oponen ferozmente a trabajar con la mayoría de los inmigrantes. Esta red utiliza el argumento del "juicio prudencial" para justificar una postura contraria a la inmigración, alegando que algo no es doctrina para poder utilizar su propio criterio para deportar a las personas y en qué circunstancias. Esto demuestra que la doctrina social de la Iglesia aún no ha sido comprendida y asumida por un amplio abanico de católicos. También demuestra que los obispos y el clero deben ser más francos sobre la posición de la Iglesia y, en algunos casos, asumirla ellos mismos también.

Sin embargo, debemos preguntarnos cuál es el mensaje más eficaz para estos católicos y si la Iglesia debería hablar más de su postura sobre la aplicación de las leyes de inmigración para captar la creatividad y la atención de la personas que acuden a nuestros templos y se muestran ambivalentes, cuando no directamente opuestos, a la inmigración.

Respuesta ideal de la Iglesia a las deportaciones masivas

A continuación expondré lo que considero la respuesta ideal de la Iglesia a las deportaciones masivas. Para empezar, los líderes de la Iglesia tienen que ser más consistentes y regulares con sus declaraciones; con demasiada frecuencia, hay demasiado silencio. Necesitamos tener puntos de discusión sólidos sobre el asunto, incluyendo cómo hablar de la aplicación de la ley de inmigración desde una perspectiva católica. También debemos aclarar lo que significa un "juicio prudencial" con respecto a la inmigración: que hay que tener en cuenta la doctrina social de la Iglesia, no descartarla por completo. Con esto en mente, las instituciones católicas, como Caridades Católicas y las universidades católicas, deben ser apoyadas, ya que a menudo tienen miedo de hablar por temor a las represalias de Trump.

Cada diócesis debe tener un plan para responder a las redadas y deportaciones masivas, incluida la capacitación de sacerdotes sobre cómo manejar la aplicación de la ley de inmigración en parroquias y escuelas católicas. Los obispos deberían informarse sobre cómo manejar una situación de santuario, por ejemplo, cuando alguien entra en los locales de una parroquia para buscar refugio. Deben formularse planes parroquiales que incluyan cómo responder al ICE en la puerta de la parroquia, contar con un equipo de respuesta rápida para hacer la crónica de cualquier abuso y alertar a los medios de comunicación, y disponer de apoyo financiero y apoyo para salud mental para las familias de los deportados. En este sentido, debemos aumentar los recursos para la representación legal y los servicios de salud mental para las personas y familias afectadas por las deportaciones.

Esta es también una oportunidad para que las conferencias episcopales coordinen acciones y lo hagan con nuestros vecinos del sur y del norte. Eso significa, por ejemplo, que los obispos estadounidenses se pronuncien en coordinación con los obispos mexicanos cuando una política de la administración afecte a ambos, como *Quédate en México*, políticas de disuasión, retornos, programas de reintegración, etc.

Desde mi punto de vista, la Iglesia, en particular los obispos, también deberían hablar con la administración Trump y con grupos e individuos católicos más conservadores cuando esto pueda ayudar a algunos inmigrantes y a sus familias. La Iglesia tiene la obligación de ayudar al inmigrante utilizando toda su influencia, y debe hacerlo trabajando con actores de todo tipo.

Conclusiones

Este periodo oscuro no es sólo un reto, sino también una oportunidad. Nos encontramos ante un "momento de enseñanza", en el que los católicos pueden ser educados en la doctrina social de la Iglesia. Es una oportunidad para que las conferencias episcopales de las Américas colaboren y den vida a la reciente carta pastoral de los obispos fronterizos.

También debemos responder al esfuerzo organizado de Trump y algunos republicanos para desacreditar la misión social de la Iglesia católica. En lugar de permanecer en silencio, debemos hacer frente a este desafío de manera directa, como hizo el Papa Francisco con su carta a los obispos estadounidenses. Debemos recordar que la campaña de deportación masiva es parte de un esfuerzo general para acabar con la democracia, ya que se abandona el debido proceso y la administración Trump está utilizando la inmigración para poner a prueba a los tribunales. Los obispos deberían considerar posicionarse sobre las amenazas a la democracia, especialmente a través de la inmigración, donde los inmigrantes legales están siendo deportados.

En general, se trata de un reto a largo plazo, incluso cuando la actual administración se haya ido. Las tendencias nativistas han existido durante siglos y seguirán existiendo. Sólo educando a los católicos y a los demás ayudaremos a poner fin a este tipo de tendencias nativistas. Influir en la opinión pública es la mejor manera de defender a los inmigrantes y la inmigración, y determinará

cómo procederá el mundo en esta cuestión. Ahora vemos que Europa está empezando a copiar a Trump y está cerrando lentamente sus puertas a los solicitantes de asilo. El futuro depende de que superemos este reto.

Para terminar, quiero recordar que no debemos olvidarnos de hablar con las personas migrantes e intentar atender sus necesidades en estos tiempos difíciles. Al hacerlo, evangelizamos y difundimos el Reino de Dios en la tierra. Hay que dar esperanza a las personas migrantes en estos momentos de peligro.



La migración y la iglesia en México

Mons. Eugenio Lira Rugarcía, Obispo de Matamoros-Reynosa y Delegado para la Dimensión Episcopal de la Pastoral de Movilidad Humana de la Conferencia del Episcopado Mexicano

La migración

“El Señor –dice la Palabra de Dios– le habló a Job desde la tempestad” (*Jb* 38, 1). Ahora nos habla a nosotros desde la tempestad que ha arreciado en este 2025. ¿Pero lo escuchamos? No vaya a ser que pensemos que sí, que somos los únicos que lo hacemos, y que nos esté sucediendo lo que aquel fue a ver a un otorrinolaringólogo y le dijo: “Mi mujer se está quedando sorda, pero no lo reconoce. ¿Qué puedo hacer?”. “Hágale una prueba –contestó el doctor– háblele a cierta distancia. Si no le contesta, acérquese más y repita la operación hasta que le responda, mida la distancia entre ella y usted y me informa”. El hombre va a casa, y a tres metros le dice a su esposa: “Mi amor, ¿qué hay de cenar?”. Silencio. Se acerca un metro y pregunta: “Mi amor, ¿qué hay de cenar?”. Silencio. Se acerca a unos centímetros y pregunta: “Mi amor, ¿qué hay de cenar?”. La mujer lo mira y le dice: "Por tercera vez, ¡pollo!". ¿Quién era el sordo?...

Quizá sea nuestro caso. Porque el demonio puede ensordecernos con la tentación del protagonismo, que nos hace pensar que únicamente nosotros escuchamos a Dios; que únicamente nosotros estamos haciendo las cosas bien; que únicamente lo que nosotros hacemos es importante; y que a nadie le han tocado peores momentos que a nosotros, olvidando que, como dice san Agustín: “Piensas que tiempos pasados fueron buenos porque no son los tuyos.”³⁰ “Es uno de los orgullos de nuestra pobre humanidad –escribe Alejandro Dumas–, el creerse cada hombre más desgraciado que cualquier otro que gime y llora a su lado.”³¹ Y es que, como advierte Victor Hugo: “Los hombres buenos no están exentos de un pensamiento egoísta.”³²

Dios nos habla desde la tempestad. Una tempestad real, aunque quizá no sea la peor de la historia. Una tempestad que ha arreciado con las órdenes ejecutivas y acciones de las autoridades federales de Estados Unidos, que están afectando a los migrantes y refugiados, a sus familias y a muchos más, tanto en la Unión Americana como en varios países. Porque como dice el Papa: “en el mundo todo está conectado” (*Laudato sí*, 16).

Dios nos habla desde la tempestad. ¡Y cómo lo necesitamos! Porque, como señala Víctor Hugo: “Todas las situaciones críticas tienen un relámpago que nos ciega o nos ilumina.”³³ Ante la

³⁰ San Agustín, *Sermón*, 246C.

³¹ Alejandro Dumas, *El conde de Montecristo*, p. 550.

³² Victor Hugo, *Los Miserables*, p. 97.

³³ *Ibid*, p. 101.

tempestad podemos sentir miedo, y es normal. El problema es cegarnos y dejarnos dominar por él, permitiéndole crecer hasta transformarse en enojo, luego en impotencia y finalmente en desesperanza.

¿Y porqué reaccionamos así? Porque como explica Daniel Kahneman, en nuestro cerebro hay un mecanismo automático, la amígdala, que, a fin de ayudarnos a sobrevivir, da prioridad a los eventos malos para que nos defendamos.³⁴ Y señala: “No se ha observado un mecanismo comparable en rapidez para reconocer los eventos buenos.”³⁵ ¿Porqué? Porque de lo bueno no necesitamos defendernos.

Paul Rozin, experto en reacciones de repulsión, observó que una sola cucaracha arruina completamente el atractivo de un recipiente lleno de cerezas, pero una cereza no altera en nada un recipiente lleno de cucarachas. “Lo negativo –concluye Kahneman– anula lo positivo.”³⁶ Esto es un problema. Porque, como advierte san Agustín, nos lleva a hacer de una parte del todo un falso todo.³⁷

¿Cómo superar esto para poder ver la realidad completa? Con la reflexión, que consiste en unir fe y razón. Y eso es posible con la ayuda de Dios, que nos ha unido al cuerpo de Cristo, la Iglesia, que nos ha dado su Espíritu, que nos ha hecho hijos suyos y hermanos de todos, y que nos habla, como recuerda san Juan Pablo II, a través de su Palabra, de la Liturgia –sobre todo de la Eucaristía–, de la oración y del prójimo, especialmente de los pobres.³⁸

Escuchándolo, descubrimos que esta tempestad no es nueva; comenzó el día en que los primeros padres, tentados por el demonio, desconfiaron del él y pecaron, con lo que la armonía original quedó destruida,³⁹ y el hombre, expulsado del Edén (cf. *Gn* 3, 23), se convirtió en un migrante que andará por el mundo llevando consigo el anhelo de la Patria eterna. Porque como confiesa san Agustín: “*Nos hiciste para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti.*”⁴⁰

Sin embargo, a Dios, que es bueno, nada se le escapa. Él saca bienes aún de los males. Porque el hombre, como señala Alfred Adler, al percatarse de su limitación, experimenta una bendita sensación de inferioridad, “que sin cesar le empuja hacia la superación.”⁴¹ Eso le ha llevado a ir de un lugar a otro, a veces de manera espontánea y otras de manera forzada, generando grandes movimientos demográficos, sociales, geográficos, culturales, económicos, políticos y religiosos.

³⁴ Vea a Daniel Kahneman, *Pensar rápido, pensar despacio* (2012), pp. 1124-1125.

³⁵ *Ibid*, p. 1126.

³⁶ *Ibid*, p. 1128.

³⁷ Vea, San Agustín, *Confesiones II*, Cap. X, 1-3. II, 8, 2-4.

³⁸ Vea, Juan Pablo II, *Ecclesia in America*, 12.

³⁹ Vea, *Catecismo de la Iglesia Católica*, 400.

⁴⁰ San Agustín, *Confesiones*, I, 1, 1.

⁴¹ Alfred Adler, *El sentido de la vida* (2018), p. 59.

La migración hacia México

Así ha sido en el caso de México; el pueblo formado por casi 132 millones de personas que habitan en sus 1.9 millones de km², es fruto de la migración. Primero de los grupos nómadas que llegaron hace más de 30,000 años y que dieron origen a diversas culturas, entre las que destacan la Olmeca, la Teotihuacana, la Maya, la Zapoteca, la Tolteca, la Mixteca y la Mexica (o Azteca). Luego, de los españoles que llegaron, acompañados de esclavos provenientes de África. Este encuentro ha hecho la identidad y la cultura mestiza del mexicano, manifestada de modo milagroso y singular en el rostro de la Virgen de Guadalupe.

Una vez independiente, México siguió abierto a la migración, como lo prueban las leyes de colonización de 1820, mediante las cuales se cedían tierras a los migrantes que estuvieran dispuestos a establecerse en ellas y trabajarlas. Luego, en 1899, Porfirio Díaz firmó un Tratado de Amistad y Comercio con el Imperio chino, a fin de recibir a los chinos rechazados por Estados Unidos y poblar el Norte de México. Más tarde, en 1909, se establecieron leyes de naturalización para los extranjeros en México, que eran el 0.78% de la población total.

Después de la Revolución, México recibió en los años veinte a refugiados procedentes de la recién formada Unión Soviética; en los años treinta a refugiados españoles que huyeron de la Guerra Civil y del franquismo; en los años cincuenta a guatemaltecos que huían de la Guerra Civil, así como a intelectuales estadounidenses afectados por el macartismo; en los setenta y noventa a chilenos, peruanos, colombianos, guatemaltecos, salvadoreños, nicaragüenses y cubanos perseguidos por las dictaduras que se instalaron en sus países, así como a coreanos, rusos y ciudadanos de las ex-repúblicas soviéticas.

En los noventa, a estadounidenses, canadienses y centroamericanos que llegaron motivados por el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). En los dos mil, a miles de haitianos damnificados por el terremoto que devastó ese país caribeño en 2010. En 2018, a las caravanas que se formaron en Latinoamérica a causa de las crisis políticas. En 2022, a ucranianos, rusos y bielorrusos que llegaron para solicitar asilo en Estados Unidos, pero que ante lo prolongado de su estancia, México les ha otorgado asilo permanente.

En 2023 a miles de migrantes que llegaron a la frontera, alentados por la apertura de la aplicación móvil CBP One por parte del gobierno de Estados Unidos que permitía a los solicitantes de asilo programar citas, así como por la política de puertas abiertas del gobierno de México. Sin embargo, con las órdenes ejecutivas que entraron en vigor el 20 de enero de 2025, cientos han quedado varados en condiciones difíciles, peligrosas y de incertidumbre. En muchos casos, sus países de origen no tienen oficinas consulares en México y no hay acuerdos de repatriación con sus gobiernos. Además, lo prolongado de su estancia ha significado un reto para las casas de migrantes, para las autoridades, y para la sociedad en general.



La Unidad de Política Migratoria (UPM) registró, hasta septiembre de 2024, el ingreso de más de 33.6 millones de extranjeros, la mayoría provenientes de Venezuela, Ecuador y Honduras. Se estima que de ellos, unos 925 mil se encuentran en situación irregular. Si bien las medidas migratorias del gobierno federal de Estados Unidos han desalentado la migración, ésta continúa, aunque disminuida; varones solos y familias con niños siguen llegando, principalmente de Venezuela y Ecuador.

¿Pero por qué las personas dejan sus hogares y se embarcan en una aventura peligrosa e incierta? Unos para lograr el sueño americano, siguiendo a un pariente o conocido que ya está en Estados Unidos. Otros para reunirse con su familia. Y muchos, como señala la Carta Pastoral (CP) “Lo vio, se acercó y lo cuidó”, empujados por la inestabilidad política y social, las desigualdades, la pobreza, la falta de acceso a derechos básicos, la degradación ambiental, la crisis agroalimentaria, la actividad del crimen organizado, la globalización, la corrupción pública y privada, la persistencia del autoritarismo y el debilitamiento de la cultura cívica, y las alianzas militares con grupos corruptos de las élites (CP, 2-9).

⁴² Vea Artículo 111 de la Ley de Migración (2022).

En el camino, enfrentan el duelo de dejar su casa y su tierra; miedo e incertidumbre; desinformación; dificultades geográficas y climáticas; problemas para comunicarse; insuficiencia de recursos; engaños, abusos y abandono de los “polleros”; maltrato y extorsión de las autoridades; persecución y confinamiento injusto en estaciones preventivas; robos y abuso físico, emocional y sexual del crimen organizado, que en muchas ocasiones los obliga a realizar actividades ilícitas (tráfico de drogas), o los secuestra para exigir rescate a sus familias. Son incontables los migrantes desaparecidos, los que han perdido la vida a causa de las difíciles condiciones geográficas y climáticas, y los que han muerto a manos del crimen organizado.

Según el Censo de Población y Vivienda 2020, en México viven más de 1.2 millones de personas nacidas en otro país (0.96% de la población). La mayoría proviene de Estados Unidos (797,226), Guatemala (56,810) y Venezuela (52,948). La Ley de Migración establece que los extranjeros pueden permanecer en el territorio con estancia de visitante, residente temporal y residente permanente (Art. 52).

La migración desde México

Pero si bien México recibe migrantes, también muchos emigran del país. En 2024, el Consejo Nacional de Población (CONAPO), registró que más 327 mil personas emigraron de México. 88,600 menos que en 2016, el año con mayor número de salidas. Por su parte, el Consejo Nacional de Población, BBV Research y Fundación BBVA estimaron que en 2024 había en Estados Unidos 39.9 millones de personas de origen mexicano. Migration Policy Institute (MPI) reporta que de los 13.7 millones de migrantes indocumentados, el 68% proviene de México y Centroamérica. El 3.62% lleva viviendo en la Unión Americana más de 15 años. El 4.34% posee vivienda propia y está plenamente insertado en la vida nacional y local.

El movimiento migratorio de México a Estados Unidos inició en 1848 cuando se estableció la división fronteriza con el Tratado de Guadalupe Hidalgo entre ambos países. En esa época, el auge de los ferrocarriles, del campo y de otros sectores en la Unión Americana, hizo necesaria la mano de obra mexicana, que llegó gracias a la política de puertas abiertas del gobierno estadounidense, que buscaba hacer crecer la economía del país. Pero la gran depresión de 1929 provocó la deportación de muchos mexicanos por la escasa oferta laboral y la necesidad de privilegiar a los connacionales estadounidenses. Luego, en 1940 se introdujo el requisito de que los mexicanos cruzaran con un pasaporte y una visa.

Sin embargo, la participación de los norteamericanos en la Segunda Guerra Mundial requirió nuevamente la mano de obra mexicana, para lo que se estableció el programa H-2 (llamado “bracero”), que concluyó en 1965. Pero la demanda laboral siguió. No obstante, aumentaron las exigencias para calificar y obtener una visa de trabajo. Esto provocó la migración indocumentada y la explotación por parte de muchos empleadores.

Si bien en 1986 la Ley de Reforma y Control de la inmigración permitió la regularización masiva de más de tres millones de indocumentados, la mayoría mexicanos, también endureció las políticas migratorias y la vigilancia en los cruces fronterizos, lo que empujó a los migrantes a buscar rutas peligrosas para cruzar y a exponerse a los polleros, a la corrupción de algunas autoridades en ambos lados de la frontera, y al crimen organizado. Y esto puede incrementarse con la declaración de “emergencia nacional” por una “invasión en la frontera sur” formulada por el presidente Donald Trump el 20 de enero de este 2025.

En su libro “El arte de la negociación,”⁴³ donde destaca la grata impresión que le causó cenar en la Catedral de san Patricio con el Cardenal John O’Connor⁴⁴ y su buena relación con los jesuitas cuando estudió en la Universidad de Fordham, Trump escribe: “tener cobertura por parte de los medios de comunicación puede ser muy útil... todo es tirar y tirar hasta que consigo lo que quiero... Lo mejor es negociar desde una posición de fuerza... hay que generar expectación... juego con las fantasías de la gente... siempre he tendido a propugnar... soy capaz de cualquier cosa, dentro de la ley, con tal de ganar... a veces... no hay más remedio que denigrar a los rivales... la polémica vende.”⁴⁵

Estos criterios se reflejan en las órdenes ejecutivas que ha firmado, y que de manera unilateral han creado una nueva etapa en política migratoria, cancelando CBP One, citas programadas y programas específicos de permiso de permanencia temporal humanitario urgente; reforzando la presencia militar en la frontera; acrecentando el muro fronterizo; amenazando con cargos penales y multas a los que infrinjan leyes migratorias; suspendiendo fondos a organizaciones que asisten a los migrantes; extendiendo redadas a hospitales, escuelas e iglesias; realizando detenciones y deportaciones expeditas; presionado con aranceles a los países para que cooperen en la contención de la migración y la recepción de sus ciudadanos deportados.

Todo esto fomenta un ambiente racista y hostil hacia los migrantes. Afecta a los indocumentados, que viven con el temor de ser arrestados y deportados, lo que separaría a sus familias (4.4 millones de niños nacidos en Estados Unidos viven con un progenitor migrante indocumentado) y truncaría años de esfuerzo, trabajo, desarrollo e integración en las comunidades que los han recibido, a las que a su vez desequilibra económica, social, emocional, espiritual y pastoralmente. Daña a familias y pueblos que viven de las remesas. Afecta la acción caritativa de la Iglesia y de otras organizaciones en Estados Unidos y en varios países. Provoca el endurecimiento de las políticas migratorias de otras naciones bajo la amenaza de aranceles, lo que a su vez ocasiona incertidumbre financiera, afectaciones a cadenas de siembra, recolección, producción y servicios, tanto en la Unión Americana como en distintos países, generando daños al mercado y a los gobiernos, lo que puede llevar al cierre de empresas y a la pérdida de empleos directos e indirectos, con efectos en la economía personal, familiar y local, así como en el estado de ánimo y la convivencia social.

⁴³ Donald Trump, *The art of the deal* (1997), p. 34.

⁴⁴ *Ibid*, p. 63.

⁴⁵ *Ibid*, pp. 32, 40, 46, 49, 78, 87, 138.

Cabe señalar que, para la atención a la comunidad mexicana en Estados Unidos, México cuenta con 53 consulados, que brindan asistencia y protección consular, apoyos a la salud, orientación educativa, atención en lenguas originarias, asesoría financiera, educación cívica, afiliación al Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) y acceso al crédito del Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (INFONAVIT). La Iglesia, por su parte, tanto en Estados Unidos como en México, sigue acompañando a los migrantes, adaptándose a la nueva situación y orientándolos en lo que deben prever y hacer en caso de detención.

El retorno a México

Hasta ahora, la aceleración de deportación de migrantes sin documentos (DHS) se ha dirigido a los que están en el sistema por haber cometido algún delito o una infracción menor. De acuerdo a la Presidencia de México, del 20 de enero al 14 de febrero de 2025, México recibió más de 13,400 deportados: 10,485 mexicanos y 2,970 extranjeros. Cabe destacar que, según reporte de la Unidad de Política Migratoria, los eventos de devolución de mexicanos en 2022 fueron de 258,000, en 2023 de 214,849, y en 2024 de 154,203.

Para enfrentar la situación, se ha implementado el programa “México te abraza”, en el que participan 34 dependencias federales, las 32 entidades federativas y el Consejo Coordinador Empresarial, coordinados por la Secretaría de Gobernación, y con el cual se han habilitado albergues temporales para migrantes varados y para los deportados en Ciudad de México, Ciudad Juárez (Chihuahua), Tijuana (Baja California), Piedras Negras (Coahuila), Matamoros, Reynosa y Nuevo Laredo (Tamaulipas); se emiten documentos, afiliación al IMSS, se ofrece acceso al mercado laboral, a los Programas de Bienestar y a la Tarjeta Bienestar Paisano (con 2 mil pesos para el traslado a sus hogares).

Frente a la tempestad, discernir y ser peregrinos de esperanza

Sin duda, enfrentamos una situación difícil, ante la cual no debemos permitir, como dice David Goleman: “que la pasión secuestre la mente”.⁴⁶ Para eso hay que escuchar al Señor que nos exhorta: “Por sobre todas las cosas adquiere discernimiento” (*Prov 4, 7*). ¡Así lo hizo Jesús frente a las tentaciones del demonio en el desierto! Él, Divino Migrante que bajó del cielo para salvarnos y redimir así la migración humana, nos enseña a no ofuscarnos y a dejarnos guiar por Dios,

Eso nos permitirá descubrir, en medio de la tempestad, lo mucho que Él ha realizado y sigue realizando a través de su Iglesia y de mucha gente buena, que ha procurado hacer vida los

⁴⁶ David Goleman, *La inteligencia emocional* (1995), p. 17.

cuatro verbos que el Papa Francisco ha propuesto: acoger, proteger, promover e integrar a los emigrantes y refugiados.⁴⁷

Así lo ha hecho la Pastoral de la Movilidad Humana, a nivel de la Conferencia del Episcopado y a nivel diocesano, y muchos laicos, laicas, religiosos, religiosas, diáconos, sacerdotes, obispos, diócesis e institutos de vida consagrada a través de las 56 casas, comedores y centros de atención a los migrantes en el sur (17), centro (18) y norte (21), que ofrecen a los migrantes y solicitantes de refugio –algunos desde hace más de cuarenta años–, hospedaje, alimento, ropa y artículos de aseo personal; apoyo en su salud física, emocional y espiritual; contacto con sus familias; ayuda para obtener documentos; acompañamiento en trámites legales; y gestión para que accedan a educación, al reconocimiento de competencias y a la bolsa de trabajo. Y a este esfuerzo se suman también algunas parroquias.

Se han establecido redes de apoyo y sinergia entre estas casas y con autoridades federales, estatales y municipales; consulados, organismos internacionales, organizaciones de la sociedad civil e iniciativas de distintos credos religiosos; universidades y centros de investigación; la Santa Sede, a través del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral; el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), la Red CLAMOR, el Observatorio Socio-Pastoral de Movilidad Humana de Mesoamérica y El Caribe (OSMECA); la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos, a través de Mons. Mark Seitz, Presidente del Comité de Migración; Caridades Católicas; las reuniones de obispos fronterizos, entre las que destaca Tex-Mex, que desde hace 40 años busca caminos para unir fuerzas y apoyar a los migrantes. Cabe aquí mencionar la iniciativa “Conexión empresarial Paisano” del Consejo Coordinador empresarial, que ha entrado en contacto con la Dimensión Episcopal de Pastoral de la Movilidad Humana para promover este programa que identifica empresas con empleos disponibles y publica la oferta laboral. Actualmente hay más de 57 mil vacantes en 181 empresas para mexicanos retornados. Y se espera abrir pronto esta oferta a migrantes extranjeros.

La valiosa experiencia de la Iglesia es de gran ayuda en el momento presente y para lo que venga en el futuro. Sin embargo, hay que reconocer la limitación de recursos. El desgaste físico y emocional de algunos encargados y voluntarios de las casas del migrante, que están preocupados por la dificultad económica para sostenerse, el descenso de migrantes y la incertidumbre ante lo que sigue. El cansancio de la sociedad y hasta de algunos bienhechores. Algunas dificultades con instituciones gubernamentales. La indiferencia y el desinterés por parte de muchos. Los prejuicios y el racismo, a veces silencioso, de no pocos. La corrupción de algunas autoridades en México, en Estados Unidos y en varios países. La persistencia de situaciones que seguirán forzando a muchos a migrar, como la actividad del crimen organizado, que en más de una ocasión ha amenazado y extorsionado a las casas del migrante, provocando el cierre de algunas de ellas, como sucedió en la Diócesis de Nuevo Laredo.

⁴⁷ *Vea, Francisco, Mensaje para la Jornada Mundial del Emigrante y Refugiado 2018.*

La violencia en México se ha evidenciado una vez más en el reciente hallazgo, por parte de un colectivo de madres y padres buscadores de desaparecidos, de un campo de adiestramiento en el rancho Izaguirre en Teuchitlán, Jalisco, donde los jóvenes que eran captados a través de las redes sociales con falsas ofertas de trabajo y trasladados a ese lugar desde las centrales de autobuses en las que eran citados, recibían entrenamiento en el manejo de armas y acondicionamiento físico. Y los que se resistían o intentaban escapar, eran golpeados y torturados. Y no podemos olvidar a los siete jóvenes de la Pastoral Juvenil de la Parroquia San José de Mendoza, Diócesis de Irapuato, que perdieron la vida el pasado 16 de marzo cuando sujetos armados les dispararon mientras convivían en una cancha deportiva después de la Santa Misa.

En medio de esta tempestad, Dios, a través del Papa, nos invita a que en este Año Jubilar seamos peregrinos de esperanza, especialmente para los migrantes (cf. *Spes non confundit*, 13). ¿Qué esperanza? El triunfo definitivo de Dios, que hará prevalecer para siempre el bien, la verdad y la vida. ¿Cómo hacerlo? Con la oración, porque sin Jesús nada podemos hacer (cf. *Jn* 15, 5). Creciendo en la comunión como Iglesia universal, como diócesis, como conferencias episcopales, como agentes de pastoral y como responsables de los centros de atención al migrante, y caminar juntos, compartiendo información, experiencias e incluso apoyo material. Y desde esta comunión, ser signo e instrumento de unidad con las autoridades, los organismos internacionales, las distintas denominaciones religiosas, las organizaciones civiles, los empresarios, los medios de comunicación y la sociedad.

Así, unidos, promover juntos la cultura de la fraternidad que haga ver lo mucho que “vale una persona, siempre y en cualquier circunstancia” (*Fratelli tutti*, 106), y construir una sociedad que, como pidió el Papa Francisco en su Viaje Apostólico a México, afronte las causas estructurales y culturales de la exclusión, la inseguridad, la pobreza y la violencia, cuidando la tierra, nuestra casa común.⁴⁸

Este esfuerzo requiere que sigamos caminando con los migrantes, solicitantes de refugio, deportados y sus familias, ofreciéndoles, además de acogida, información acerca de las políticas migratorias, de sus derechos, de los riesgos que pueden enfrentar y de las alternativas legales a las que pueden recurrir, y acompañarlos en el discernimiento. Para eso hay que optimizar los recursos, diversificar las fuentes de financiamiento y establecer alianzas con gobiernos locales, ONG's, empresas, universidades, escuelas católicas, parroquias, seminarios, vida consagrada, organismos y movimientos laicales. Y algo muy importante: cuidar, como pide la Carta Pastoral “Lo vio, se acercó y lo cuidó”, a los agentes de pastoral y de los centros de acogida (CP, 68).

“El hombre... sabio... –decía Aristóteles–, sabe sacar de las circunstancias el mejor partido posible... como el zapatero sabe hacer el más precioso calzado con el cuero que se le da”.⁴⁹

⁴⁸ Vea, Francisco, *Discurso en el CERESO N. 3 de Ciudad Juárez* (17 de febrero de 2016); Francisco, *Encuentro con los jóvenes, Morelia* (16 de febrero de 2016).

⁴⁹ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, I, 10, p. 26.

Aceptemos sin aspavientos y sin ansiedades la realidad, incluidos nuestros límites. Descubramos que no somos la cadena, sino un eslabón. Reconozcamos que no lo podemos todo y que necesitamos de los demás. Valoremos lo que son y lo que hacen. Hagamos equipo y aprendamos de ellos. ¡De todos! Como aprendimos en la Casa del migrante “San Juan Diego” de Matamoros del testimonio de fe de la viuda de Óscar Martínez y madre de Angie Valeria, migrantes salvadoreños que, como recordaba ayer Mons. John Wester, murieron en 2019 intentando cruzar el Río Bravo.

Fiados en Dios, miremos más allá de lo inmediato, fijemos la mirada en la meta que nos aguarda y hagamos lo mejor que podamos con lo que tenemos, recordando que, como decía santa Teresa de Jesús: “Todo se pasa” (cf. Carmelitas.es). Así, en medio de la tempestad, seremos peregrinos de esperanza, dando testimonio de que Dios habla y actúa, teniendo presente aquello que decía Charles Péguy: “Pueblo laborioso... hace de los pantanos los más bellos jardines”.^{50 51}

⁵⁰ Charles Péguy, *El pórtico del misterio de la segunda virtud* (1991), p. 130.

⁵¹ Otras fuentes consultadas: Gobierno de México, gov.mx; Consejo Nacional de Población, conapo.gob.mx; Instituto de los mexicanos en el exterior, ime.gob.mx; Instituto de Geografía UNAM, geografia.unam.mx; Érika Pani, *México en el siglo XIX: migración y ciudadanía, Seminario de migración, desigualdad y políticas, públicas*, migdep.colmex.mx; Francisco Javier Ayvar Campos-Enrique Armas Arévalos, *El flujo migratorio en México: Un análisis histórico a partir de indicadores socioeconómicos*, Revista CIMEXUS Vol. IX, No.2, 2014 ; Pine Tree Legal Assistance, ptla.org.

La migración y la iglesia en Centroamérica

Pbro. Gustavo Meneses Castro, Secretario Ejecutivo, Comisión para la Movilidad Humana, Conferencia Episcopal de Costa Rica
Secretario Ejecutivo, Observatorio Socio-Pastoral de Movilidad Humana de Mesoamérica y El Caribe (Osmecca)

La Iglesia es, como Jesús, para “evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos, para buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lumen gentium, 8).

Lo primero es tomar conciencia del desorden. Pero una toma de conciencia que no culminase en una toma de posición, en un cambio de vida y no solamente en la manera de pensar, sería una nueva traición del espiritualismo, en la línea de todas las traiciones pasadas.⁵²

El filósofo personalista Emmanuelle Mounier realizando una lectura de su contexto histórico previo a la segunda guerra mundial, expresaba con desasosiego y perplejidad, que todo, estando tan confuso, se aceptara como normal. A este comportamiento colectivo e individual, se refería él, como el “desorden establecido”, un estado de deshumanización en el que el hombre ha perdido su rumbo y se encuentra sumido en una profunda crisis de valores, en el que se ha desplazado su dignidad y se le considera cada vez más como un objeto, una cosa, una cifra, un instrumento de y para el consumo.

A casi un siglo de estas intuiciones personalistas, miramos con desánimo y frustración, que las expectativas de que “otro mundo sería posible”, a partir de la supuesta lección aprendida por la catástrofe de la segunda guerra mundial, parecen haberse quedado atrás; la crisis se agudiza cada vez más, en el escenario de una realidad globalizada e interconectada.

El Papa Francisco al inicio de la encíclica sobre la fraternidad y la amistad social *Fratelli tutti*, describe con claridad el panorama actual...

durante décadas parecía que el mundo había aprendido de tantas guerras y fracasos y se dirigía lentamente hacia diversas formas de integración... Pero la historia da muestras de estar volviendo atrás... Los conflictos locales y el desinterés por el bien común son instrumentalizados por la economía global para imponer un modelo cultural único. (FT, 10, 11, 12)

Nos encontramos ante una realidad desesperanzadora en que se debilita la dimensión fraterna de la existencia humana y prevalecen los intereses individuales, favoreciendo a los más fuertes y

⁵² Emmanuel Mounier, *Révolution personaliste et communautaire* (1938).

haciendo más vulnerables a los débiles y pobres. Como el mismo Papa lo subraya, evidenciando un darwinismo que busca afianzarse cada vez más, “partes de la humanidad parecen sacrificables en beneficio de una selección que favorece a un sector humano digno de vivir sin límites, sin considerar a la persona como un valor primario que hay que respetar y amparar, especialmente si son pobres” (FT, 18).

En nuestro continente los modelos económicos y sistemas políticos fallidos han provocado profundas fracturas estructurales que han favorecido el individualismo, el egoísmo, la concentración de riqueza y del poder, fomentando una cultura del descarte, que ha dado como resultado “injusticias y estructuras de pecado, hasta el punto de interdependencias malsanas entre los sistemas sociales, económicos y políticos” (*Carta pastoral*, 7).

Esta cultura del descarte, toma rostro en nuestra población migrante, que atraviesa de lado a lado y en ambas direcciones de nuestros corredores migratorios:

Se trata de una sola crisis global (cf. LS, 139) que se manifiesta cuando una parte importante de nuestras hermanas y hermanos carece de los derechos fundamentales a la vida, a la libertad y a la seguridad en sus lugares de origen... 201 millones de personas (32,1% de la población total de la región) viven en situación de pobreza; de ellos 82 millones (13,1%) se encuentran en pobreza extrema. (CP, 3)

Esta cultura de descarte que se asienta, cada vez, con más ferocidad nos está llevando a una crisis axiológica, que desemboca en serias contradicciones, falseando lo que hasta hace poco considerábamos como incuestionable, lo que nos lleva “a preguntarnos si verdaderamente la igual dignidad de todos los seres humanos, proclamada seriamente hace 70 años, es conocida, respetada, protegida y promovida en todas las circunstancias” (FT, 22).

La violación a los derechos humanos fundamentales de la población en movilidad por nuestra región, se manifiesta tanto en el origen, como en el tránsito y destino, como se denuncia en la carta pastoral regional sobre migración de los obispos de Canadá, EUA, México, Centroamérica y el Caribe y hoy en día en lo impredecible de este flujo inverso de retornados y deportados forzados:

El paso a través del Darién convirtió a Panamá y Costa Rica, después de México, en el segundo puente en la confluencia de los diversos flujos de migrantes en el hemisferio. El 22 de marzo de 2024, luego de constatar durante una visita la cruel realidad que enfrentan los migrantes, obispos de las diócesis de frontera de Colombia, Panamá y Costa Rica emitieron una declaración en la que calificaron a ese lugar como un “tapón” de inhumanidad por las condiciones de vulnerabilidad y muerte a la que se enfrentan, hombres, mujeres, niñas y niños. (CP, 12)

Nuestros corredores migratorios se encuentran entre los más inseguros y peligrosos a nivel global, con ausencia de políticas estatales orientadas a la protección de los derechos humanos, por el contrario, la respuesta de las autoridades ha sido la implementación cada vez más exhaustivas de políticas de disuasión, que han tenido como resultado dolorosas consecuencias en:

los ríos entre Canadá y Estados Unidos, las arenas del desierto en la frontera de Texas, las fosas comunes en Tamaulipas, autobuses volcados a lo largo de todo el tránsito migratorio, en aguas del Mar Caribe y en la selva del Tapón del Darién. Estos lugares se han convertido en horribles teatros de muerte. (CP, 28)



Esta dolorosa realidad, es asumida por las grandes mayorías con una indiferencia total, a lo que el Papa ha definido como la globalización de la indiferencia, es inaceptable que en una región predominantemente cristiana nos estemos acostumbrando a normalizar la inhumanidad, a validar decisiones políticas que fomentan el desprecio a los derechos humanos fundamentales de los

más vulnerables. El Papa Francisco reconoce con dolor, “nunca se dirá que no son humanos, pero, en la práctica, con las decisiones y el modo de tratarlos, se expresa que se les considera menos valiosos, menos importantes, menos humanos” (FT, 39).

Un síntoma de este desorden establecido en el que se está sumiendo el mundo, el Papa lo presentó muy bien en su visita a Lampedusa en el 2013, cuando se refirió a la insensibilidad frente al dolor ajeno, como la pérdida de la capacidad de llorar, en tanto que el sufrimiento del otro, del caído, no me mueve, ni me exige ser solidario.

El gran desafío del cristianismo es llevar a la humanidad a que recupere lo que de Dios ha perdido, tal como nos lo recuerda el jesuita José Luis Pinilla, refiriéndose a la obra del teólogo J. I. González Faus “La Humanidad Nueva”:

La radicalidad del mensaje cristiano no reside en abstracciones celestiales, sino en la cercanía de un Dios que camina con nosotros, que llora con nosotros, que sufre y se alegra con nosotros. Creer en el Dios humanizado es descubrir que su encarnación no fue un episodio distante, sino una llamada incesante a transformar el mundo desde dentro. Si Dios se hizo hombre, es porque la humanidad redimida es la gran historia de amor que está llamada a escribirse cada día.⁵³

El título de nuestra carta pastoral, *Lo vio, se acercó y lo cuidó*, nos pone inmediatamente en la perspectiva del compromiso, de una forma de hacer Iglesia y nos exige reconocer que al igual que en la parábola del Buen Samaritano, “el caído en el camino”, representa en su precaria realidad y su alta vulnerabilidad a los olvidados de este mundo, a los desconocidos, a los invisibilizados.

Esta extraordinaria afirmación nos pone en sintonía con la exigencia evangélica y con el juicio moral que reside en ella, “fui extranjero mi acogiste” (Mt. 25, 35), esta sentencia es una exigencia que no puede ser soslayada si pretendemos vivir no solo la ortodoxia del mensaje evangélico, sino y, sobre todo, porque es ahí precisamente donde se juega su verdad el discípulo de Jesús, su ortopraxis.

El Papa Francisco en *Fratelli tutti* plantea esa exigencia desde el más revolucionario de los padres de la Iglesia, San Juan Crisóstomo, “¿Desean honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecien cuando lo contemplan desnudo... ni lo honren aquí, en el templo, con lienzos de seda, si al salir lo abandonan en su frío y desnudez”.

Nos cuesta entender, como lo entendió muy bien San Lorenzo Mártir, que el verdadero tesoro de la Iglesia, son los pobres.

⁵³ José Luis Pinilla, *Una humanidad nueva* (2023).



Sí, los pobres, en su carne, que es la carne de Cristo, porque “no se trata sólo de proclamar la encarnación, sino de vivirla, de abrazar la carne del otro, de tocar las heridas de la historia con manos dispuestas a sanar”.⁵⁴

Francisco nos insiste:

Simplemente hay dos tipos de personas: las que se hacen cargo del dolor y las que pasan de largo; las que se inclinan reconociendo al caído y las que distraen su mirada y aceleran el paso. En efecto, nuestras múltiples máscaras, nuestras etiquetas y nuestros disfraces se caen: es la hora de la verdad. ¿Nos inclinaremos para tocar y curar las heridas de los otros? ¿Nos inclinaremos para cargarnos al hombro unos a otros? Este es el desafío presente, al que no hemos de tenerle miedo. En los momentos de crisis la opción se vuelve acuciante: podríamos decir que, en este momento, todo el que no es saltador o todo el que no pasa de largo, o bien está herido o está poniendo sobre sus hombros a algún herido. (FT, 70)

⁵⁴ *Ibid.*

Para finalizar con el gozo de la esperanza que suscita la cercanía de un Dios que camina con nosotros, que llora con nosotros, que sufre y se alegra con nosotros, unas palabras del maestro Paulo Freire,

Es preciso tener esperanza, pero esperanza del verbo esperar, porque hay gente que tiene esperanza del verbo esperar y la esperanza del verbo esperar no es esperanza, es espera.

Esperanzar es levantarse

Esperanzar es construir

Esperanzar es llevar adelante

Esperanzar es juntarse con otros, para hacer que la realidad cambie.⁵⁵



⁵⁵ Paulo Freire, *Pedagogía de la esperanza* (1992).

Participants | Lo vió, se acercó y lo cuidó

Encuentro regional para fortalecer el acompañamiento de la Iglesia a las personas migrantes

Marisa Alvarado, Secretaria del Obispo, Diócesis de El Paso

Monica Andrews, Asistente Ejecutiva, Hope Border Institute

Kevin Appleby, Investigador Principal de Políticas y Comunicaciones, Center for Migration Studies

SER Cardenal Fabio Baggio, CS, Subsecretario, Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral del Vaticano

Mons. Peter Baldacchino, Obispo de Las Cruces

Rvdo. Mons. Arturo José Bañuelas, STD, Diócesis de El Paso

Fray Miguel Briseño, OFM Conv., Pastor, Misión Ysleta

Pbro. Francisco Bueno, Director, Casa del Migrante, A.C., Ciudad Juárez

Mons. Brendan Cahill, Obispo de Victoria y Presidente Electo del Comité de Migración de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos

Dr. Víctor Carmona, Profesor de Teología y Estudios Religiosos, Universidad de San Diego

Mons. Anthony C. Celino, Obispo auxiliar de El Paso

Fernie Ceniceros, Director de Comunicaciones, Diócesis de El Paso

Dylan Corbett, Director Ejecutivo, Hope Border Institute

Alejandra Corona, Coordinadora, Servicio Jesuita a Refugiados Ciudad Juárez

Jesús de la Torre, Consultor independiente

Lucy del Valle y Corbett, Especialista Administrativo de Oficina, Hope Border Institute

Pbro. Francisco Gallardo, Secretario Ejecutivo de la Dimensión Episcopal de la Pastoral de Movilidad Humana de la Conferencia del Episcopado Mexicano

P. Rafael García, SJ, Pastor, Iglesia del Sagrado Corazón

Rubén García, Director Ejecutivo, Casa de la Anunciación

Mons. Gustavo García-Siller, Arzobispo de San Antonio

Hna. Leticia Gutiérrez, mscs, Directora, Ministerio de Hospitalidad para Migrantes, Diócesis de El Paso

Bethany Hobbs, Coordinadora de Acción Humanitaria, Hope Border Institute

Fray Gonzalo Bernabé Ituarte Verduzco, OP, Presidente, Derechos Humanos Integrales en Acción, A.C.

Mons. Eugenio Lira Rugarcía, Obispo de Matamoros-Reynosa y Delegado para la Dimensión Episcopal de la Pastoral de Movilidad Humana de la Conferencia del Episcopado Mexicano

Pbro. Fabian Marquez, Pastor, Parroquia de San José

Muy Rvdo. Marcus McFadin, Rector, Catedral de San Mateo

Pbro. Gustavo Meneses Castro, Secretario Ejecutivo de la Comisión de Migración de la Conferencia Episcopal de Costa Rica y Secretario Ejecutivo del Observatorio Sociopastoral de Movilidad Humana de Mesoamérica y El Caribe (OSMECA)

Emily Miller, Border Immigration Law & Justice Center

Muy Rvdo. Joe Molina, Rector, Seminario de San Carlos

Pbro. José Morales, Pastor, Parroquia de San Marcos

Blanca Navarrete García, Directora Ejecutiva de Derechos Humanos Integrales en Acción, A.C.

Rafael Pineda, Seminarista, Diócesis de El Paso

Pbro. Mark Salas, Pastor, Nuestra Señora de la Asunción

Aimée Santillán, Analista de Políticas, Hope Border Institute

Hna. Elisete Signor, mscs, Coordinadora, Ministerio de Hospitalidad para Migrantes, Diócesis de El Paso

Mons. Mark J. Seitz, Obispo de El Paso y Presidente del Comité de Migración de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos

Alessandra Santopadre, Subdirectora de la Oficina de Comunidades Rituales y Culturales de la Diócesis de Montreal

Mons. Noël Simard, Obispo Emérito de Valleyfield y Representante de la Conferencia Canadiense de Obispos Católicos

P. Robert Stark, SSS, Coordinador Regional del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral del Vaticano

Mons. John E. Stowe, OFM Conv., Obispo de Lexington

Mons. John C. Wester, Arzobispo del Santa Fe

Fray Jarosław Wysoczański, OFM Conv., Director, Albergue Sagrada Familia

